

LA CARAVANA DEL MEDIO MILLAR DE ALMAS



CAPÍTULO 2

Por Darth Averno

Nota del Autor

Empezamos un nuevo capítulo de éste relato.

Un capítulo curioso, ya que era bastante más corto y conciso en el etéreo mundo de las ideas. Pero, conforme ha ido avanzando, ha ido exigiendo mayor profundidad. Y, curiosamente, tenía toda la razón.

Porque los personajes han ido creciendo, a pesar de mi falta de experiencia literaria.

Porque han ido definiéndose, conforme avanzaba el relato.

Y porque, finalmente, se han escrito ellos solos.

Termino. Aquí queda el capítulo. Agradeceré críticas, positivas o negativas, o bien en La Biblioteca Negra, o bien en darthaverno@hotmail.com.

Un saludo.

Agradecimientos

Siento un agradecimiento eterno a todos los que han participado en el hilo de este segundo capítulo, ya que han alcanzado nuevas cotas en apoyo e ilusión cada vez que aparecía una nueva sección.

Son comentarios que alientan a seguir escribiendo. No puedo decirlo más alto: Gracias.

Y, por otro lado, mi mayor agradecimiento va hacia la persona que, curiosamente, me ha empujado a dejar de escribir momentáneamente.

A mi hija Leire.

Una preciosidad que nació el pasado 29 de enero, y que me está haciendo feliz hasta límites insospechados.

... gracias ...

Darth Averno.

Gabriel

El joven sargento Gabriel Garreth se despertó de su inquieto sueño. Se masajeó la parte posterior del cuello, mientras movía la cabeza circularmente. Con los dientes apretados y los ojos cerrados, dejó escapar una ronca exhalación cuando sus dedos encontraron un punto castigado por la tensión. Aunque nadie le podía oír, por dos motivos: el primero era que el motor del Chimera rugía considerablemente. El segundo era que estaba solo en la panza del vehículo acorazado, con la única compañía de varias toneladas de material extremadamente valioso para la misión. O al menos ésa era la información que había recibido de su *superior*.

Dando por finalizado tanto el momento de duermevela como el inexperto masaje cervical, Gabriel se levantó, guardando precariamente el equilibrio en el vehículo, hasta abrir la escotilla principal y asomarse al exterior.

La luz del ocaso y un viento fresco y húmedo le dieron la bienvenida. Inspiró profundamente, dándole a sus pulmones una dosis necesaria de aire limpio. Lo necesitaba después del fugaz descanso en las entrañas del Chimera. Aun con los sentidos entumecidos, notó el brusco cambio de temperatura del exterior. Se fijó la cazadora reforzada sobre su armadura de caparazón. Cerró la cremallera hasta el cuello con un movimiento rápido, y soltó una imprecación al pillarse el dedo. La efímera descarga de dolor le hizo despertarse completamente.

Sargento Gabriel Garreth, se dijo a sí mismo tristemente, a sabiendas que el rango era algo que había perdido hacía mucho tiempo. Chupándose distraídamente el dedo dolorido, se giró hacia la parte trasera del vehículo, para comprobar el estado del resto de la caravana. Por primera vez no la había bautizado apropiadamente, así que “la caravana” había

demostrado ser un nombre tan válido como cualquier otro para definir la misión, que, a fin de cuentas, consistía en guiar una caravana.

Varios robustos camiones, pintados con tonos de camuflaje urbano, ahora apagado por la tierra y barro sobre ellos, seguían en fila los surcos que dejaban las orugas del Chimera, evitando así cualquier explosivo que pudiese haber en el camino. Las cabinas reforzadas por planchas de blindaje adicional contrastaban con su extensa parte posterior, cubierta por una gruesa lona parcheada de diversos colores, dándole una forma de capullo. La diferencia era que, en vez de contener la cría neonata de un insecto, en su interior de estructura reforzada se apilaban decenas de civiles.

Aunque Gabriel no pensaba que las vidas tuviesen diferente valor, si que defendía que fuese un camión, aunque llevase pocos civiles, el que abriese el camino. Era posible que el pequeño grupo de exploradores que precedía el grueso de la caravana, en moto, no viese alguna mina. Lógicamente, el vehículo de cabeza era el más preocupado ante tal eventualidad, más aún cuando no tenía ni tan siquiera un barreminas. Y era el maldito vehículo donde debía ir él como un jodido estandarte.

Soltando una imprecación por lo bajo, se esforzó en vislumbrar el resto de formas detrás de la polvareda que levantaba el primer grupo de camiones. Distinguió el segundo Chimera del Sargento Barbon, al que seguirían otro grupo de transportes de civiles. Fuera de su visión, supuso que cerraría la comitiva el Chimera *personalizado* del Sargento Danker, con su fanático contenido.

Bostezó y estiró los brazos. Se sorprendió un poco al ver que el piloto del primer camión le saludaba. Le devolvió el saludo vagamente. Y se giró hacia el camino que se abría ante las imparables orugas de su transporte. Tierra arcillosa, de color ocre, plagada de jodidos guijarros blancos que saltaban contra el blindaje inferior del Chimera como disparados por una ametralladora de modo irregular. El camino serpenteaba por las suaves lomas de las montañas. A su izquierda, se mostraba la ascendente ladera de tierra seca, jalonada con pequeños matorrales y algún árbol delgado que hacía extrañas curvas en su parte inferior

para conseguir la verticalidad. A su derecha, los mismos componentes aparecían en el terraplén de varios cientos de metros, terminando en la ascensión de otra loma más allá. Un lugar recóndito, estrecho e incómodo para defenderse de cualquier ataque.

Aun así, era la *mejor* opción. Gabriel había invertido horas y horas estudiando los “puntos de paso” recomendados para cumplir éste valioso viaje de caravana. Y sabiendo que era especialmente importante, había creado un itinerario totalmente personalizado. Tenía el derecho a decidir por dónde quería ir, entre otros motivos porque no había nadie que realmente estuviese encima de él en la cadena de mando. Y porque sería él quien decidiera hasta qué punto arriesgaba su vida.

Pasó los siguientes minutos comprobando los datos de posición que le ofrecían los dispositivos del transporte, cruzándolos con el grueso y ajado cuaderno que empleaba. Miró los picos a su alrededor, buscando la corroboración de la posición, pero éstos eran demasiado similares entre ellos. Bajó hasta la cabina y comprobó algunos datos con el piloto y el copiloto. Todo correcto. Volvió a asomarse al exterior, finalmente ubicado.

El comunicador, fijado en su cintura, chasqueó repetidamente. Antes que le diese tiempo a cogerlo y acercarlo a su cara, le llegó la voz nasal del sargento Barbon.

– ... briel, Gabriel, Thomas al habla... ¿me escuchas, hijo?

– Le escucho. – Respondió Gabriel con voz átona.

La cara gorda, calva y sudorosa de su interlocutor se le apareció en la imaginación. Gabriel no se podía explicar cómo, aún pasando penurias y restricciones en los alimentos, el sargento Thomas Barbon mantenía su, como él mismo denominaba, *sana constitución*. Desafortunadamente parecía a un sudoroso barril.

– Me ha parecido verte en la torreta de tu Chimera. ¿Va todo bien, hijo? – Inquirió el rollizo sargento.

Gabriel odiaba el comportamiento paternal que tenía el sargento Barbon con todo el mundo. Le había repetido un millar de veces que no se

dirigiera a él como “hijo”. Le había dejado claro, de un modo más tajante de lo necesario en muchas ocasiones, que no necesitaba su constante atención ni protección. Y finalmente se había visto forzado a ignorar el comportamiento de su colega de mismo rango. Si algo estaba más arraigado en la personalidad de Barbon que su sentimiento paternal, era su increíble capacidad de no *entender* aquello que no le interesaba.

–Gabriel ¿me recibes? –Preguntó nuevamente.

–Todo bien, sargento Barbon.

–Vamos, Gabriel. Ya te he dicho que me llames Thomas.

–Sargento Barbon, ¿hay algún motivo para esta conversación? – Es-petó Gabriel, mientras se giraba hacia donde estaba el Chimera del sargento Thomas Barbon. La escasa luz y el polvo le impedían ver si su interlocutor estaba también en la torreta o no. No podría acompañar su reprimenda por gestos. Tendría que verter todo su desdén en su tono de voz. –Estamos en territorio hostil, y aunque nuestra distancia es pequeña, los comunicadores tienen un alcance más amplio. Si el enemigo intercepta la señal, sabrá que estamos aquí. Y nuestra posición no es la más ventajosa para defendernos, ¿verdad?

–Vamos, vamos, Gabriel. El itinerario que has diseñado es más que bueno. Aunque la movilidad en estas vías montañosas es bastante baja, también es complicado que el enemigo pueda colocar armamento lo suficientemente potente para atravesar nuestro blindaje.

–Pero eso no invalida mis palabras, Sargento. Estamos tomando rutas que no han sido empleadas durante demasiado tiempo.

–Por supuesto, Gabriel. Ya sabes que confío plenamente en tu capacidad de decisión, y en toda la información que dispones en ese santo cuaderno. –El sargento Barbon tomó aire ruidosamente. –De todos modos, necesitaba hacerte una pregunta.

Gabriel sonrió. No le resultaba extraño que la supuesta preocupación de su interlocutor fuese realmente una velada entrada hacia el auténtico motivo de su comunicación. Aunque el sargento Barbon era excesivamente impulsivo en según qué situaciones, no era *idiota*. Así que el

motivo sería algo realmente importante. Por lo menos en la escala de valores del rollizo sargento.

–Adelante entonces. –Concedió Gabriel.

Sorprendentemente, la respuesta del comunicador fue un chorro de estática.

–¿Sargento Barbon? –Preguntó Gabriel después de esperar unos segundos.

La estática volvió a responderle.

El sargento se apoyó con los brazos, e izó su cuerpo hasta quedar sentado en el exterior del transporte. Una desagradable sensación empezó a reptarle por el estómago. El Sargento Barbon podría tener muchos defectos, pero no cortaría la comunicación sin más. De hecho, el comunicador le mostraba que el canal se encontraba *abierto*. Agarró los prismáticos que colgaban de su cuello y los enfocó hacia el Chimera de su interlocutor. La escotilla estaba cerrada.

–¡¿Sargento Barbon?! – Preguntó nuevamente Gabriel. Notó que la voz le había temblado. Maldijo por lo bajo y se obligó a no perder la concentración.

Sus ojos recorrieron la caravana que avanzaba bajo la mortecina luz del ocaso. Todos los vehículos seguían en formación. Nada era diferente a lo que había sido el avanzar de “la caravana” durante los últimos cuarenta días estándar. Maldita sea. Estaban a algo más de ciento cincuenta horas de llegar a su destino. Y ésta era una de las caravanas más importantes de los últimos dos años estándar. Hasta el momento no habían tenido ningún imprevisto. ¿De verdad estaba ocurriendo *algo* ahora?

La mano de Gabriel no dudó. Se lanzó a la posición donde estaba el botón para lanzar la alarma. Con un movimiento rápido separó el protector plástico para evitar pulsaciones involuntarias. Pero antes de que su dedo rozara siquiera la tecla roja, la comunicación se reanudó.

–Lo siento, Gabriel. –La voz del sargento Barbon sonaba ahogada, como por haber hecho algún esfuerzo. –Con el maldito traqueteo se me ha caído el comunicador. Te quería preguntar ¿en cuánto realizaremos

un alto, hijo? Supongo que muchos civiles estarán sintiendo la llamada de la naturaleza ahora mismo.

Gabriel separó el dedo del botón y volvió a correr el protector. Sonrió a su pesar. Notó que una cálida sensación de alivio le recorría.

–Menos de un par de horas, sargento Barbon. –Dijo mientras se volvía a introducir dentro del Chimera hasta medio pecho de un salto y revisaba los datos que aparecían en el pequeño monitor. –En un par de horas deberíamos llegar al “punto de paso”. Allí haremos un descanso de una hora.

–¡Menos mal, hijo! –Exclamó el sargento Barbon. –No nos has dejado estirar las piernas *correctamente* durante demasiado tiempo. Ya creía que querías llegar a Fuerte Victoria de un tirón.

–Salvo que me esté equivocando, sargento Barbon... –empezó Gabriel.

–Thomas, Gabriel, llámame Thomas. –Interrumpió su interlocutor.

–Salvo que me esté equivocando, *sargento Barbon*, hemos mantenido el horario de diez minutos de alto por cada seis horas de viaje. Supongo que los civiles, si están atentos a éstas paradas programadas, tendrán sus necesidades cubiertas.

–No me refiero únicamente a eso, Gabriel. Estoy empezando a notar que la tensión también empieza a afectarnos a “nosotros”. –Cuando el sargento Barbon empleaba ése “nosotros”, siempre se refería, con una pizca de orgullo, a los soldados. –Y ahora que estamos tan cerca del objetivo, creo que los hombres deberían estar algo más frescos.

Gabriel pensó que después del agotador viaje que llevaban a sus espaldas, ningún hombre podría sentirse *fresco*. Tan sólo podría llegar a encontrarse algo menos cansado. Pero recordó la tensión que él mismo había sentido al escuchar un corte de varios segundos en la comunicación. Aunque le fastidiara reconocerlo, el sargento Barbon tenía razón. Ya que éste disponía de un extraño sentido de empatía con las masas, porque las escuchaba y las entendía, sus apreciaciones al respecto tenían una precisión total. Y Gabriel sabía que la oferta del descanso de una hora no era suficiente. Maldición, él también necesitaba bajarse del

jodido Chimera durante un buen rato.

–¿No opinas lo mismo, Gabriel? –Insistió el sargento Barbon. –Quizá una hora de descanso no sea suficiente para los pilotos y copilotos...

¿Acaso le estaba leyendo la mente?

–Estoy comprobando los datos del punto de paso, sargento. –Interrumpió Gabriel mientras pasaba hojas de su cuaderno. No tenía sentido seguir manteniéndose en contra al otro sargento, más aun cuando tenía razón. Así que siguió varias líneas con el dedo, e hizo unos cálculos mentales. –Creo que sería viable el acampar en La Cantera Fuenteverde esta noche. Pase la información al sargento Danker.

Sin esperar contestación, el sargento Gabriel Garreth cortó la comunicación. No quiso escuchar la cascada de agradecimientos, con un sibilino aroma a victoria, que surgiría del sargento Barbon al haber conseguido su objetivo.

Inhaló profundamente el aire fresco, mientras paseaba su mirada por el agreste paisaje que se abría ante sí. Observó como la escasa luz restante se iba apagando durante unos pocos minutos. Finalmente, introduciéndose en su transporte y cerrando la escotilla, se concentró en los siguientes problemas de logística.

Mientras la caravana seguía avanzando.

Descanso

Las cimas mostraban los últimos y débiles rayos de luz del día, mientras las faldas de las lomas ya estaban totalmente oscurecidas, cuando “la caravana” tomó el alto. El punto de paso se llamaba La Cantera Fuenteverde. Una brecha en la colina, anteriormente utilizada como yacimiento de metales, que mostraba una amplia pared lisa, de más de medio kilómetro de longitud y terminando de un modo curvado conforme ascendía hasta la cima.

Similar a una concha gigantesca, guarecía eficazmente del viento que empezaba a ser tremendamente helado. Desde la parte más alejada a la entrada, cruzando el camino de salida, emergía un vigoroso riachuelo de agua cristalina. Su lecho era de un color verde cobrizo, por la oxidación de los metales de la zona. De ahí había tomado su nombre el punto de paso. El agua llegaba finalmente a un pequeño despeñadero, a unos cuantos cientos de metros de la pared tallada. De ahí, fluía convirtiéndose en una pequeña cascada neblinosa para descansar finalmente en un exiguo lago al fondo. Cayendo libremente varias decenas de metros.

Pequeñas estructuras, antaño fábricas, barracones y almacenes de material se encontraban derruidas en el perímetro más alejado. Habían sido barridas por la guerra, dejándolas ennegrecidas y llenas de daños por la metralla. Sosteniéndose tozudamente como almas en pena. A una decena de metros detrás de ellas, se levantaban unos grandes montículos, con cruces de madera podrida sobre ellos. Las tumbas comunes de los trabajadores que habían sucumbido ante el ataque enemigo.

Actuando como una máquina perfectamente engrasada, los componentes de la caravana ejecutaron la rutina de asegurar el área con precisión. Bajo las órdenes de los tres sargentos, los camiones, seis en total,

formaron un amplio semicírculo, enfilados uno tras otro, apoyando la cabina del primero y la lona del último contra la pared tallada de la cantera. Buscando la zona más llana y despejada. Los tres Chimeras crearon inmediatamente después un cordón más externo, con la diferencia de que mostraban su parte frontal al exterior, dejando así la rampa trasera de embarque, con un blindaje más bajo, al amparo de los camiones.

La caravana estaba estructurada de un modo totalmente compensado. El Comandante Julius Garreth había demostrado una disposición táctica hacia la diferenciación de trabajos y asignación de responsabilidades. Así que cada una de las tres escuadras de la caravana disponía de diez soldados, dos pilotos de Chimera, un explorador motorizado y un sargento. El sargento Danker debía cerrar el pelotón, y se encargaba principalmente de la gestión de tareas defensivas. Su misión contemplaba los aspectos más oscuros de la caravana, desde la identificación de posibles traidores como su posterior eliminación. Su grupo debía ser el primero en entrar en combate, y era el que disponía de mayor variedad en su arsenal. Por otro lado, la responsabilidad del sargento Thomas Barbon estaba asignada a los civiles. Trabajaba en su control y protección. Gestionaba las raciones de alimentos y las medicinas, si eran necesarias. Se encargaba de la parte más humana de la caravana, indudablemente. Finalmente, Gabriel era el responsable de la logística. Marcaba los itinerarios y controlaba el estado de los vehículos. Disponía bajo su mando del lento latir de la misión. Aunque era el más joven de los tres sargentos, los otros dos acataban sus órdenes, siempre y cuando éstas no se inmiscuyesen en exceso en su rango de responsabilidad.

Así que, los civiles, una vez habían satisfecho sus necesidades prioritarias, habían sido dirigidos por el sargento Barbon con total presteza buscando madera y repartiendo varias hogueras por el improvisado campamento. El sargento Danker había enviado a alguno de “sus chicos” a intentar cazar algo de carne. Y él, Gabriel, se había encargado de racionar la cantidad de alimentos que podrían disponer para esa noche. Y las expectativas no habían sido demasiado alentadoras.

De todos modos, ésa función le había permitido estar cerca de Lara.

Aunque era consciente que había forzado excesivamente el ritmo durante el último tramo de viaje, y los hombres –al igual que él– empezaban a dar serios síntomas de agotamiento, Gabriel se sentía extrañamente confiado en las posibilidades de éxito ahora que estaba trabajando al lado de la muchacha. Aunque sabía por propia experiencia que todo viaje en caravana podría deparar desagradables sorpresas hasta que no se hubiese finalizado (e incluso a veces *después* de llegar al destino), el escuchar la conversación, la risa, ver los suaves movimientos o percibir el sutil aroma de la chica le henchía el pecho de optimismo, y, por qué no, de alegría.

Además que estaban a un paso de entrar en la zona blanca. Dentro de las cambiantes ramificaciones del destino, estarían algo más seguros pudiendo contactar con Fuerte Victoria para pedir auxilio.

Aunque Gabriel supiese que difícilmente se lo prestarían.

La noche no tardó en alcanzarlos. Para entonces, los soldados del sargento Danker habían cazado una buena cantidad de reptiles de la zona, lo que había subido un poco la moral de los hombres. Los soldados bajo la dirección del sargento Barbon, a su vez dirigiendo a los civiles, habían encontrado suficiente madera como para mantener las hogueras del campamento durante toda la noche, además de diferentes vegetales comestibles. Gabriel se había encargado de repartir los víveres propios de la caravana, y había establecido los turnos de guardia. Dando descanso durante toda la noche a los pilotos y copilotos, además de los exploradores, había ajustado los turnos lo más cortos posibles, dejando así el máximo tiempo de descanso por soldado. Una leve brisa impregnada de buen humor y esperanza danzaba entre los civiles que descansaban tranquilamente en el interior del amplio semicírculo que habían creado los vehículos.

Así que, acompañando a la noche cerrada, todos los componentes

de “la caravana” se habían repartido entre las decenas de hogueras que habían encendido dentro de la zona asegurada. Los grupos solían ser mixtos, pudiéndose ver tanto hombres como mujeres o niños, incluso acompañados de soldados. Algunos jugaban con naipes. Otros contaban historias. Pero todos permanecían unidos dentro de la adversidad que estaban atravesando. Como contraste, uno de los grupos más pequeño, y más alejado del resto, era el compuesto por los tres sargentos. Gabriel y Barbon se encontraban apoyados contra el lateral de un camión. Danker se hallaba enfrentado a ellos, sobre una piedra no muy alta.

–Buena comida, sí señor. –Dijo el sargento Barbon con un trozo de carne de Loxi en un palo, mientras respiraba antes de lanzar el siguiente ataque.

–Hemos tenido suerte con la caza. –Respondió el sargento Danker. El hombre de tez oscura, resultaba bastante intimidatorio a la luz de la hoguera. Amplias cicatrices recorrían toda su cabeza, dejando amplios cortafuegos en su denso cabello moreno y en su barba. Aunque nadie le había preguntado por ello, parecía que su cabeza hubiese sido mastocado por una bestia enorme, dejando voluminosas cicatrices por donde los dientes habían arrasado con la carne. Masticando lentamente, con la boca abierta, dejaba ver sus dientes. Demasiado pequeños. Contrastando por su brillo con el resto del rostro, de un modo inquietante.

–¡Catorce loxis no es tener suerte, Danker! –Dijo el sargento Barbon con un brillo en sus ojos, mientras devoraba el resto de su pieza y alargaba la mano a coger otra estaca. La carne se tostaba lentamente, y chisporroteó al dejar caer parte de su grasa al fuego.

–Ha sido suerte. –Se limitó a contestar el sargento Danker, terminando también la porción y cogiendo otra.

Gabriel vio como el sargento Barbon, con el rostro brillante de sudor incluso con el frío que hacía, soplaba el trozo de carne. Se entretuvo imaginando cómo había conseguido el sargento Danker evitar que le llamara por su nombre de pila. Debería haber sido *terriblemente* creativo

para insertar tal prohibición en el sargento Barbon. Sonrió mientras continuaba mordisqueando su propio pedazo de carne. Con la otra mano pasaba páginas de su grueso y ajado cuaderno. Revisaba la información de los puntos de paso que quedaban hasta llegar al objetivo. Comparó los datos con las reservas de alimentos, agua, combustible y *munición*. Afortunadamente, los resultados eran esperanzadores.

–Sólo un poco más. –Musitó para sí.

–Tan sólo por evitar el hacerme comer nuevamente carne curada o fruta desecada os levantaría una estatua a ti y a tus hombres. Que el Emperador os guíe con toda su fortuna. –Exclamó nuevamente el sargento Barbon, exultante, con la boca llena.

La última frase creó un silencio incómodo entre los sargentos. El crepitar del fuego se escuchaba claramente, junto con las voces de los hombres y mujeres del resto de hogueras. Había ya muchos de ellos que empezaban a dormir en el suelo. Gabriel supo inmediatamente que los dos sargentos iban a mantener otra discusión. De todos modos, no le sorprendía. Era algo casi habitual. Comprobando su reloj, levantó la mirada de sus apuntes justo en el momento que un puñado de soldados se levantaba y se dirigían al cordón más externo de vehículos, a relevar a sus camaradas. Los que pertenecían a la escuadra de Gabriel, con una banda horizontal roja en el casco, saludaron a su sargento antes de desaparecer entre los camiones. Al poco, los soldados que habían estado de guardia aparecieron desde la penumbra. Se diseminaron por las hogueras, y empezaron a dar cuenta de la cena.

El silencio entre el sargento Barbon y el sargento Danker se mantuvo durante un instante más. Gabriel bajó nuevamente su mirada a su cuaderno, y continuó con el resumen de víveres del día. Finalmente, y aclarándose previamente la voz, fue el propio sargento Danker quien habló.

–Dudo mucho de la atención del Emperador en este jodido planeta.

La frase quedó en el aire. El sargento Danker miraba fijamente a su interlocutor, con el reflejo del fuego danzando en sus pupilas. Altivo y a la espera del contraataque.

–Puede que no lo entiendas, porque no eres un noble sartosiano. Y no ser de este *jodido* planeta te afecte aquí arriba. –Contestó secamente el sargento Barbon, dándose dos golpes secos con el dedo en la cabeza. Manteniendo duramente la mirada del otro. –Pero nosotros seguimos siendo leales al Imperio. Somos nosotros los leales, los únicos que mantenemos nuestro honor impoluto es este *jodido* planeta. ¿Verdad, Gabriel?

Gabriel terminó una suma mentalmente, y decidió que la revisaría nuevamente. Levantó la mirada hacia sus compañeros de hoguera. Realmente no le preocupaba en exceso la reacción de cualquiera de los sargentos. No era la primera vez que se enfrentaban. Pensó qué decir durante un instante.

–Gabriel piensa igual que yo. –Continuó el sargento Barbon, levantando la voz. Con una media sonrisa, Gabriel cerró la boca y volvió la vista a su cuaderno. –Los honorables sartosianos pensamos así. Si no somos nosotros los defensores del Imperio, ¿quiénes son? ¿Aquellos que nos han traicionado para formar tribus de carroñeros y asesinos? O mejor aún, podrían ser aquellos que adoran al Caos. ¿Qué opináis, sargento Danker? Tan sólo nos quedan los otros, pero éstos, afortunadamente para ellos, tienen totalmente claro su bando... Os pregunto qué *opináis*, sargento Danker.

El grueso cuello del sargento Barbon se había enrojecido. Las palabras habían surgido entre pequeños trozos de comida. Suspirando, Gabriel cerró su cuaderno con tranquilidad, dejando el dedo para no perder la página. Levantando nuevamente la mirada, vio que, tanto los civiles como los soldados de las hogueras más próximas habían callado y se mantenían atentos a la conversación. Había un buen puñado con la banda azul o amarilla en el casco, pertenecientes a la Escuadra Danker y a la Escuadra Barbon respectivamente. Aquellos que se habían atrevido a observar la situación desviaron rápidamente su mirada al suelo.

–Opino que estamos bien jodidos en esta gran bola de mierda, sargento Barbon. Y *opino* que no le importamos absolutamente a nadie, sargento Barbon. –El sargento Danker levantó el tono una octava más. Su voz parecía un graznido. Los pequeños dientes asomaban en una

mueca amenazante. –Así que no me preocuparé de saber a qué facción le debo lealtad. Tan sólo seguiré al Comandante Julius Garreth hasta la tumba. Aunque yo no sea un *honorable* sartosiano.

Gabriel supo que debía intervenir. No era extraño que ambos camaradas pasaran rápidamente de la más sincera camaradería a un odio visceral. Pero habían elegido un tema poco afortunado para su discusión. Y menos aún con la atención de media caravana sobre ellos. Gabriel se sabía culpable hasta cierto punto. Había forzado en exceso el movimiento de la caravana durante las últimas trescientas horas. Y ahora los hombres se ponían nerviosos más rápido de la cuenta. Era increíblemente fácil que el animoso ambiente que había acompañado a toda la caravana se enturbiara velozmente.

–¿Cómo podríamos no ser leales al Imperio, si la tenemos a ella con nosotros? –Rugió el sargento Barbon, como habiendo encontrado algún argumento irrefutable. Se había puesto de pie bruscamente, y la ira titilaba en su mirada. Señalaba a una figura que se mantenía solitaria ante una hoguera. –¿Por qué no le dices a ella a quién debes tu lealtad, sargento Danker? ¿O acaso no habéis hablado de nada durante la travesía? –Añadió maliciosamente.

Gabriel sintió que las cosas se habían salido totalmente de control. Inconscientemente, el sargento Barbon había golpeado magistralmente a su adversario, introduciendo a la persona menos indicada en la conversación. Cualquier argumento ofensivo que pudiese emplear el sargento Danker a partir de ese instante, también la incluiría a ella. Maldición. Tendría que haber cortado antes la discusión. El sargento Barbon, de pie, sudaba y su rostro enrojecido temblaba de indignación. El sargento Danker, aunque bastante más frío, respiraba profundamente con los dientes apretados.

–Basta ya, sargento Barbon. Basta ya, sargento Danker. –La voz le surgió cortante como un cuchillo.

–Pero, Gabriel... –Respondió rápidamente el sargento Barbon, abriendo las manos llenas de grasa y tizne de la carne, como clamando

por justicia.

–No me repetiré, sargento Barbon. Creo que el espectáculo ha sido lo suficientemente intenso hasta el momento. –Gabriel extendió la mano libre, indicando vagamente las hogueras que estaban siguiendo la discusión.

El sargento Barbon, tras dudar un instante mirando en derredor, se sentó furiosamente. Cogió un nuevo trozo de carne y empezó a dar cuenta de él, mientras rezongaba e imprecaba de un modo ininteligible. El sargento Danker continuaba mirándole con una mueca de rabia y desprecio, ya que la intervención de Gabriel no le había dejado defenderse del último ataque. Aunque probablemente no habría sabido que decir ante el último argumento de su rollizo contrario.

Gabriel mantuvo las miradas, una a una, hasta que comprobó que no quedaba ningún grupo en las hogueras que les prestara atención. Antes de volver a enfrascarse con su tarea, miró a la figura que había señalado el sargento Barbon hacía un instante. Estaba a una veintena de metros de ellos, apoyada contra otro camión. Tristemente solitaria ante la hoguera. Sus formas se mantenían ocultas bajo una gruesa capa de color tierra. Tenía la capucha echada sobre la cabeza, por lo que sus facciones también estaban oscurecidas. Tan sólo unos pocos mechones de pelo grises reflejaban el danzante brillo de la hoguera ante sí.

Estaba seguro que les había escuchado. Aunque no había hecho ningún gesto, ni cuando el sargento Barbon se había dirigido directamente a ella. No había parado de comer los trozos de carne que se habían estado haciendo al fuego. Probablemente había sido la más inteligente de todos. Como cayendo en la cuenta de algo, Gabriel miró su propio palo, viendo que tan sólo quedaba carne fría en él. Suspiró y lo lanzó al fuego. Se levantó, cogió un trozo caliente y bien tostado y volvió a su sitio, a continuar con su trabajo. El sargento Barbon continuaba con su cantinela, mientras el sargento Danker, en silencio, seguía dando cuenta de la cena.

Gabriel revisó los datos. Ya había mandado que prepararan la carne de

dos loxis para curarla. Conforme los civiles durmieran, iría con algunos de sus hombres a la despensa oculta del “punto de paso” y cambiaría la carne, curada y dura (según sus apuntes, de tres meses) por la nueva de loxi. Así, la siguiente caravana, con algo de suerte, encontraría carne de menos de dos meses.

Revisando todos los datos apuntados, y recorriendo diferentes líneas de tiempo, contempló con satisfacción que La Cantera Fuenteverde era un punto bastante seguro. Según sus apuntes, tan sólo había recibido un ataque en las veinte veces que había pasado una caravana por ahí. El porcentaje de riesgo era del cinco por ciento. El más bajo de todos los puntos de paso. Pasando rápidamente las hojas, revisó los siguientes puntos de paso con posibilidades antes de llegar a su destino. Pero cuando empezó a cruzar datos de combustible y distancias, fue nuevamente interrumpido. Maldijo mentalmente al destino que no le dejaba trabajar más de unos pocos minutos.

–Creo que he llegado a la hoguera más seria de toda la caravana. –Dijo una voz.

Gabriel levantó la cabeza con un movimiento eléctrico. Se dio cuenta, conforme oyó el sonido apagado, que había soltado la tapa de su cuaderno y no había deslizado el dedo para marcar la página. Aunque no le importó. La muchacha, Lara, estaba ante ellos con una bandeja con más carne de loxi y con sus arrebatadores ojos castaños brillando a la luz del fuego. Gabriel notó cómo se le aceleraba la respiración.

–Creo que los héroes que nos están llevando a Fuerte Victoria deberían estar más contentos. Somos camaradas todos, ¿no? –Dijo la muchacha con una sonrisa cautivadora. –Pero como os veo tan serios, quizá deba llevarme esta carne para otros chicos buenos, ¿no?

El sargento Danker ignoró a la chica, todavía enfadado. Gabriel estaba con la boca abierta.

–Tan sólo pídemelo aquello que quieras, Lara, y lo cumpliré. Por ti, incluso perdería peso. –Exclamó el sargento Barbon con una carcajada. La chica le secundó.

-Creo que ya hay un ganador por aquí. El primero en llevarse estos jugosos trozos de carne es, ni más ni menos, que el sargento Barbon –Dijo Lara tendiendo unos pocos palos con carne de reptil todavía sangrante al sudoroso sargento.

-Eso no te lo consiento, Lara. Me tienes que llamar Thomas. Lo más importante para mí es que me llamen por mi nombre la gente que realmente quiero.

La chica congeló el movimiento y bajó la mirada, sonrojándose bruscamente. El sargento Barbon observó la acción y estalló en sonoras carcajadas. Se palmeó los muslos y se levantó hacia ella, todavía riendo. La cogió con un brazo por los hombros y la zarandó suavemente.

-¡Pero no creas que este viejo sargento te está haciendo una declaración de amor, muchacha! –El tono del sargento Barbon era innecesariamente alto. La cara de la muchacha estaba totalmente enrojecida. –Te trato como una hija mía, más bien. Para el amor, deberíamos buscar a otros.

Gabriel, con el cuaderno cerrado en el suelo, vio como el grueso sargento le buscaba con su mirada al terminar la frase. Intentó componer un rostro estoico. Supo que estaba fracasando miserablemente.

–Alguien más joven, con más energía, para poder satisfacer el furioso ardor de la dulce juventud. –Detrás de la voz de trueno de Barbon se escucharon varias risitas contenidas. El sargento, de pie con el rostro perlado de sudor, y con la chica firmemente agarrada con un brazo, atraía totalmente la atención. Incluso el ceñudo sargento Danker se había girado hacia él, y mantenía una media sonrisa en sus labios. –Y, por supuesto, para nuestra princesa, nuestro *talismán*, no podemos buscarle un soldado raso. Tendría que ser por lo menos un sargento...

Gabriel notó que se le helaba el estómago. Aunque toda la caravana estuviese sonriendo, esto no era gracioso. No era gracioso en absoluto.

–Aunque Danker es un poco más joven que yo, tampoco te lo aconsejo. No es para nada guapo. Y no tiene humor en absoluto. –Las risas del resto de la caravana se apagaron inmediatamente. Pero se reanudaron cuando vieron que el sargento con el rostro repleto de duras cicatrices

bufaba del modo más parecido que tenía a una carcajada, mostrando sus pequeños dientes al mundo. –Entonces, buscamos para nuestro talismán a un joven, que sea mínimo sargento, que no sea demasiado feo. Danker y yo estamos eliminados por causas lógicas... bueno, más él que yo, claro...

Las risitas se convirtieron en abiertas carcajadas. El público del improvisado espectáculo se estaba divirtiendo. Tanto los soldados como los civiles miraban con deleite al sargento Barbon. Había conseguido, gracias a tener siempre palabras de ánimo y apoyo para todos, el ser querido en el seno de la caravana. La muchacha, Lara, se mantenía dulcemente avergonzada, con la mirada baja. A un par de metros, Gabriel se encontraba en el suelo, con la boca abierta a la espera de la estocada final.

–Entonces, ¿qué otro sargento nos quedaría para dejar el *orgullo* sartosiano bien alto? –El sargento Barbon se hizo visera con la mano sobre los ojos, y paseó su mirada por las diferentes hogueras, buscando el candidato, en una exagerada interpretación. La gente reía cuando la mirada pasaba por ellos, se señalaban unos a otros o decían bromas en voz alta que hacían que las risas arreciaran. Incluso llegó a mirar a la hoguera de la figura solitaria, pero viendo que ésta estaba pendiente del espectáculo, el sargento volvió rápidamente la mirada nuevamente al grupo más denso de civiles. En algunas grupos, los niños más pequeños gritaban “allí, allí”, señalado la espalda del grueso sargento, donde se encontraba Gabriel.

¿Era realmente gracioso? Gabriel pensaba qué decir cuando el sargento Barbon finalmente se dirigiera a él. Y no se le ocurría nada.

Finalmente, con la chica firmemente agarrada, el sargento Barbon se giró hacia Gabriel. Estaba pletórico, y levantó un brazo. El silencio se propagó en todas las hogueras. El público se había reído bastante. Y ahora esperaba que finalizara la función. Una gota de despreocupada alegría había resbalado por sus cansados corazones.

Pero la siguiente frase del sargento Barbon fue engullida por un penetrante sonido.

El angustioso bramido de la alarma general.

La realidad había llegado al campamento con toda su crudeza. Evaporando la sensación de alegría y esperanza. Dejando la invitación a una nueva y sangrienta batalla. Con los espeluznantes gritos de guerra del enemigo. Con los primeros disparos, desgarrando la noche.

Carroñeros

Los chimera habían encendido sus potentes focos, y disparaban todo su armamento hacia los enemigos ocultos en el amparo de la noche. Los multiláser ametrallaban constantemente con sus rayos rojizos, mientras los bólter pesados ajustados en el afuste exterior repiqueteaban sobre la zona enemiga. Los soldados que habían llegado al interior de los vehículos utilizaban los rifles láser fijados a los puntos de disparo. Toda la cadencia de fuego de la caravana creaba una mortal cortina de fuego.

Gabriel tardó un instante en ubicarse en la situación. Se parapetó detrás del chimera central, perteneciente al sargento Barbon, con su pistola láser desenfundada. En la zona iluminada por los blindados, la cual comprendía menos de la mitad del espacio libre que había hasta las primeras estructuras y el precipicio, descansaban varios cadáveres. Un par de soldados de la caravana, y casi una decena de carroñeros.

Llamaban “carroñeros” a los sartosianos que no habían elegido ningún bando, salvo el suyo propio. Pequeños grupos algunas veces, ciudades completas otras, que habían instaurado una regresiva ley tribal. Habían decidido sus propias normas. Habían aprovechado el severo intercambio de golpes que habían propiciado las tres fuerzas beligerantes en el planeta, desgarrando la tierra que siempre habían habitado, para tomar una anárquica cuarta posición. En contra a todos los demás. Sin nada que perder. Apareciendo de la nada, asaltando las defensas de cualquier facción para saquear todo el material bélico posible. Incluso aliándose o destruyéndose entre ellos. Añadiendo su propia nota de locura a la inesperada melodía de guerra que emanaba del planeta Sartos IV.

Asomándose parcialmente detrás del Chimera, Gabriel notó que algo no estaba bien. El asalto enemigo estaba condenado al fracaso de un modo *excesivamente* claro. Mientras sus hombres, firmemente parape-

tados dentro de los transportes, o bien en las cabinas blindadas de los camiones, mantenían una cadencia de fuego constante, los carroñeros arropados en las sombras, ocultos en los edificios derruidos que circundaban a la caravana devolvían fuego de rifle láser insuficiente para hacer grandes daños a los vehículos. De vez en cuando, se escuchaba algún grito ante un disparo de bólter o la rojiza estela que dejaba el láser. Un herido o una baja del bando de los asaltantes. Paulatinamente serían erradicados.

Era una de las desventajas al combatir contra los carroñeros. Nunca sabías si te encontrabas ante una estrategia brillante, una trampa, o la simple y llana estupidez de la desesperación.

Haciendo caso a su intuición, cogió los prismáticos que colgaban de su pecho y los enfocó hacia las sombras. Los jodidos focos de luz de los chimeras destruían su visión nocturna. Exclamó un improperio. Además, sus prismáticos tenían el sensor térmico averiado. Así que, si lo activaba, corría el riesgo de que estallasen. Aunque fuese una pequeña explosión, tener los ojos a unos pocos milímetros de las lentes sería fatal. Tomó aire con los dientes apretados. Ignoró los disparos láser que pasaron a escasos centímetros de él, repiqueteando contra el blindaje del chimera. Maldiciendo a todo, saltó fuera de la cobertura, se lanzó cuerpo a tierra y activó el sensor térmico.

Los prismáticos empezaron a humear casi de inmediato. Pero no estallaron. Funcionaron un par de segundos. Dándole una imagen clara de lo que andaba buscando.

Y estaban bien jodidos.

Rodó en la tierra buscando el amparo del otro chimera. Del cordón externo, era el que más cerca se encontraba de la zona de ataque enemiga. No se sorprendió al corroborar que era el suyo. El vehículo que estaba más preparado para combatir al enemigo era el que pertenecía al sargento Danker. Y la casualidad lo había colocado en la zona menos enconada del combate.

El portón trasero estaba abierto. Gabriel comprobó que el espacio

ocupado por el valioso cargamento evitaba que se pudiesen emplear correctamente las seis aberturas de disparo. Tan sólo un soldado de su escuadra podía alcanzar un rifle láser precariamente. El fuego se completaba con el multiláser manejado remotamente en la cabina y un artillero manejando el bólter pesado desde la torreta, exponiendo su cuerpo al fuego enemigo.

Agarró su espada sierra de las entrañas del vehículo y volvió a salir al exterior. Los disparos de ambos bandos, cruzándose a la luz de los focos, eran poco menos que inocuos. Apoyó su espalda contra el metal. Empezó a intentar comprender lo que había visto. Se concentró. Enfundó su pistola. Cogió el comunicador.

-Aquí el sargento Gabriel Garreth. Sargento Barbon, sargento Danker, ¿me reciben? -Bramó para hacerse escuchar entre el sonido de los disparos.

-Aquí Thomas, Gabriel. ¿Cómo va eso, hijo?

-Sargento Danker en línea.

-Reporten situación. -Dijo Gabriel automáticamente. Sin pensarlo, esa frase le dejaba al mando de la defensa de la caravana.

-Los civiles están guarecidos tras los camiones del flanco derecho, Gabriel. Pero no están dentro, para minimizar bajas en caso de que algún vehículo explote. La mitad de mis soldados están con ellos. Y la otra está vaciando cargadores contra estos hijos de puta. - Dijo el sargento Barbon furiosamente.

-Mi escuadra ha recibido varias bajas. -La voz del sargento Danker era más fría. -Estamos preparando nuestro armamento pesado mientras continuamos agujereando sombras. De todos modos, el enemigo está actuando de un modo sospechoso.

-¿A qué te refieres? - Dijo el sargento Barbon.

-Aunque tengan superioridad numérica, no tienen potencia armamentística. No deberían poder dañar nuestros transportes acorazados. De hecho, si tomásemos como prioridad eliminarlos antes que proteger a los civiles, serían rápidamente erradicados.

Coincidió totalmente, pensó Gabriel.

–Pero saben que no cambiaremos nuestras prioridades. –Dijo Gabriel amargamente. –Porque lo habríamos hecho ya. Tan sólo nos están dejando especular que les aniquilaremos si nos mantenemos tranquilamente en nuestra posición. Sin necesidad de pensar. Sin necesidad de arriesgar nuestras vidas. Tan sólo disparando a la noche.

–¿Acaso sabes algo que nosotros no, hijo? –Preguntó el sargento Barbon.

–Lo único que sé es que no son *estúpidos*, sargento Barbon. La mayor parte del fuego que recibimos proviene de posiciones mecanizadas, por lo que la mayor parte de sus fuerzas *vivas* están detrás de los edificios, y no dentro. Además, no sería extraño que empiecen a apuntar hacia los focos de nuestros chimera, puesto que ellos tienen sus *proprios* focos preparados en toda la segunda planta de los edificios.

Así nos cegarían ante lo que ocurriese detrás. Además, he visto un sistema de polea que deja caer unos cables en la dirección de la catarata, pero no sé para qué demonios será.

El comunicador se quedó en silencio. Los sargentos estaban pensando ante la nueva información. Los disparos continuaban hendiendo el cielo nocturno.

–No disponemos de potencia de fuego suficiente, aun incluyendo nuestros lanzamisiles, para derruir el edificio. –Comenzó el sargento Danker. –Pero tenemos que eliminar su cobertura para...

El pequeño “clínck” que interrumpió al sargento fue una declaración de que estaban bailando al son de los carroñeros. El chimera de Gabriel había perdido el foco. Tuviesen los planes que tuviesen los enemigos, los estaban llevando a cabo.

Inmediatamente después, el chimera del sargento Barbon empezó a temblar. Las orugas soltaron su fijación y movieron al vehículo, desplazando una lengua de tierra.

–¡Sargento Barbon! –Exclamó Gabriel.

–¡Bastardos carroñeros!. –La voz del sargento Barbon llegó clara y

decidida, pero no a través del comunicador. Rugió desde los altavoces externos del chimera. Por encima del tronar de los disparos. Rebotando contra la pared lisa de la cantera y diezmándose en cientos de pequeños ecos. Los disparos bajaron de intensidad. Un par de focos de un edificio en ruinas parpadearon y, con una amarillenta luz, enfocaron al rollizo sargento, introducido hasta media cintura en la torreta de su chimera, tras el bólter de asalto. –Bastardos carroñeros que queréis que nos quedemos en nuestra posición. Estáis mejor guarecidos, y tan sólo esperáis poder cerrar la trampa que, por el Emperador, me estoy oliendo. Pero mientras quede un aliento de vida en mi cuerpo, juro que vuestra sangre bañará esta tierra.

El sargento cerró la torreta del chimera, y el vehículo se lanzó como una flecha contra el edificio desde donde los disparos eran más continuos. Gabriel lo vio con incredulidad. Y se sorprendió al darse cuenta de que era una *buena* opción. Lo único que *no debían* hacer era recorrer el camino que los carroñeros querían que siguieran. Como leyendo los pensamientos de Gabriel, el resto de focos parpadegó y se encendió. Las ráfagas láser aumentaron desde la posición enemiga. Pero no impidieron que el vehículo del Sargento Barbon impactara contra el edificio, atravesando la pared principal como un cuchillo.

Tanto desde la abertura como del resto de accesos surgió una rugiente oleada de carroñeros, vestidos con harapos y cubiertos con calaveras de animales. Con los rasgos pintados con formas tribales. Con armas de todos los tipos, desde pistolas o rifles láser a toscas horquetas o palos. Gabriel lo vio claro. El enemigo *necesitaba* frenar su aproximación como fuera. Se lanzaban al asalto, recorriendo los metros que les separaban, iluminados por sus focos, como una voraz marabunta. Por tanto, la carta que tendrían guardada debía ser extremadamente valiosa. ¿Podría ser suficiente para eliminar la caravana?

A Gabriel no le importaba la respuesta. Tan sólo sabía que no permitiría que esa carta se jugara.

–Sargento Danker, mantenga el chimera en la posición que ocupaba el vehículo del sargento Barbon. Su responsabilidad a partir de este punto

será defender la posición de los camiones.

-Entendido, sargento Garreth. -Contestó el sargento Danker. Ya estaba todo dispuesto.

-Fuerzas de Defensa Planetaria. -Rugió el sargento Gabriel Garreth.
- Nuestra alma ruge con furia. Nuestros corazones son de acero. Somos hijos de esta tierra, y nuestra sangre es suya. Vengaremos a nuestros hermanos caídos, hasta el fin de nuestro aliento. Hoy caminaremos al lado del a Muerte. Cumpliendo nuestro deber con orgullo. Por nuestro juramento. Por nuestro honor. Por Sartos IV ¡A la carga!

Tras la mil veces escuchada estrofa, el grito de los soldados subió a un nivel ensordecedor. El chimera perteneciente a Gabriel arrancó violentamente para apoyar a las fuerzas del sargento Barbon. Arrolló a varios enemigos en el proceso, mientras vomitaba fuego en todas direcciones. El resto de hombres de la Escuadra Garreth y la Escuadra Barbon corrieron gritando al encuentro de los carroñeros. Imprecando y jurando, gritando como bestias, desatando la furia de la desesperación. Y siguiendo al joven sargento con la banda roja en el casco, que enarbolaba su espada sierra y repetía una y otra vez la misma letanía.

Por nuestro juramento. Por nuestro honor. Por Sartos IV.

Gabriel llegó el primero a la línea enemiga. Fintó a los primeros adversarios, sabiendo que se trabarían con los camaradas que venían detrás de él. Seleccionó su objetivo, y activando los dientes sierra de su espada, acompañado de un ronco rugido, descargó un tajo que acabó con su vida.

Recordó las palabras de su padre, y su instructor en el arte de la guerra: "Cuando selecciones un arma para el combate cuerpo a cuerpo, asegúrate que tiene un mango *largo*".

Así se podrá agarrar con las dos manos. Lanzó una estocada hacia el abdomen de otro carroñero, que portaba una calavera humana sobre la

cabeza. La espada se clavó un poco, pero el movimiento de los dientes sierra atrajo el cuerpo del enemigo, que fue ruidosamente desgarrado, desparramando sus cálidas entrañas sobre las manos de Gabriel. Éste invirtió el movimiento de corte, liberando su arma, brillante con la sangre, para seguir descargándola a dos manos sobre la andrajosa turba.

Se repetía constantemente que no debía bajar la guardia. Aunque el armamento cuerpo a cuerpo de los desharrapados enemigos era francamente tosco, podría haber alguna espada sierra, o incluso algún arma de energía escondida. Pero, de momento, cada uno de sus golpes levantaba una pequeña nube de sangre, y los pocos impactos que recibía eran repelidos eficazmente por su armadura de caparazón. Aún así, empezaba a asfixiarse por la interminable marea enemiga que le rodeaba. Apretando los dientes, se agachó y lanzó un corte circular a la altura de las rodillas. La espada seccionó carne y hueso limpiamente. Varios carroñeros cayeron de golpe entre gritos. Frenando por un instante la presión. Insertando un momento de duda en sus compañeros, que se vieron finalmente obligados a pisarlos empujados por el violento frenesí del combate.

Notó un pinchazo en su brazo izquierdo. Automáticamente se giró, apartando la lanza de madera que le había herido de un duro golpe. Un pequeño hilo de sangre recorría su punta. Levantó la espada verticalmente, con una sola mano. Vio a su enemigo. Aunque iba pintado como los demás, no tendría más de diez años. Y sus ojos reflejaban auténtico terror ante lo que estaba viviendo. Pero el mundo no era justo. El bando equivocado, aunque fuese elegido inconscientemente, significaba la muerte. Gabriel bajó la espada, convirtiendo la cabeza del niño en una pulpa sanguinolenta.

Con mirada torva, agarrando el arma a dos manos y respirando entre dientes, se giró hacia el resto de enemigos. Se dio cuenta, como tratándose de una macabra broma, que se hallaba alejado de su grupo de camaradas y del chimera, los cuales, envueltos en una nube de sangre y disparando sin cesar, avanzaban eficientemente hacia su objetivo: apoyar al vehículo del sargento Barbon, que estaba prácticamente hundido entre los carroñeros.

Escupió al suelo y se lanzó hacia los enemigos, segando vidas aceleradamente y continuando con su avance. Alejándose todavía más de sus hombres. No podía quedarse quieto en un círculo enemigo, caería rápidamente. Tenía que continuar fluyendo por la batalla, hasta que una herida lo inmovilizara y todo acabara. Pero si estaba más lejos, gran parte de la atención se fijaría en él, y esto sería importante para el final de la batalla. Un final que él no vería. Pero no le importaba en ese momento. Aunque temía la muerte, en el centro del huracán la duda no tenía cabida en su mente. Tan sólo el avance y la furiosa y silbante incisión de su espada.

Una afilada horqueta le rozó el costado, rasgando su armadura y clavándose en su carne. Haciéndole gritar de dolor. La agarró con determinación, y decapitó a su dueño. Continuó descargando golpes contra los enemigos más cercanos. Pero el círculo se creó rápidamente. Y las lanzas se prepararon para ensartarlo.

Nuestra alma ruge con furia. Nuestros corazones son de acero. Somos hijos de esta tierra, y nuestra sangre es suya. Vengaremos a nuestros hermanos caídos, hasta el fin de nuestro aliento. Hoy caminaremos al lado del a Muerte. Cumpliendo nuestro deber con orgullo. Por nuestro juramento. Por nuestro honor. Por Sartos IV.

Gabriel vio los ojos de los enemigos. Locos de furia. A sabiendas de su victoria. Vio cómo las lanzas se echaban hacia atrás, cogiendo impulso para su mortal estocada. Gritó y desenfundó su pistola láser. *Cumpliendo nuestro deber con orgullo. Por nuestro juramento. Por nuestro honor. Por Sartos IV.*

La bestial lengua de fuego le sorprendió. Muchos enemigos cayeron ardiendo entre agónicos gritos. Entre el resto reinó la confusión. Gabriel saltó furiosamente hacia ellos, e hizo que su espada continuara bebiendo sangre hereje. Pudo ver el asalto, entre otras brutales llamaradas, de la figura encapuchada. La gruesa capa color tierra danzaba mientras su portadora se convertía en un tornado de afiladas cuchillas. La sangre y los miembros enemigos saltaban por allí por donde pasaba. De vez en cuando, deteniendo su frenético combate, apoyaba los pies en tierra,

flexionando levemente las rodillas acorazadas, y descargaba una poderosa llamarada que reducía el enemigo a huesos calcinados.

El combate los fue acercando. Terminaron espalda contra espalda. Cortando y segando, entre fuego y láser. En ese momento varios misiles impactaron en las zonas enemigas más densas, picando la carne y vaporizando la sangre. Gabriel se giró para ver que el chimera del sargento Danker había abandonado su posición y se dirigía hacia ellos con los seis tubos de su cañón de asalto escupiendo muerte. Detrás de él se veía el resto de la Escuadra Danker, que había preparado la dotación de lanzamisiles en tierra.

Muchos enemigos retrocedieron rápidamente. Habían soportado docenas de bajas, y los más cobardes dejaban a los locos en el campo de batalla. Parecía que *entonces* se daban cuenta de que eran solamente civiles sin preparación ni armamento. Pero habían cruzado el punto de no retorno. Sin posibilidad de rendición. Serían ejecutados si eran capturados.

Gabriel escuchó un grito proveniente del chimera del sargento Danker. Se giró hacia el barranco. Hacia el sistema de poleas que no había dejado de funcionar durante todo el combate. Vio para qué lo habían empleado, y supo que tenía sentido. Empujó sin dudar a la encapuchada lejos de sí, y levantó su pistola láser hacia la carlinga que veía ante sí, mientras el cañón de asalto enemigo giraba rápidamente apuntándole.

Cumpliendo nuestro deber con orgullo. Por nuestro juramento. Por nuestro honor. Por Sartos IV.

Disparó varias veces, gritando el código. Mató al piloto.

Pero el cañón disparó, fuera de control. Un proyectil le atravesó el muslo. Otro le dio en mitad del pecho. Y el último en la cabeza.

Julius

El comandante Julius Garreth había vuelto a pasar otra noche en su despacho. Se encontraba cómodamente recostado en el sillón, con las botas prácticamente enterradas entre los informes que se apilaban en su mesa, a la luz mortecina del amanecer que se colaba por el ferrocristal reforzado del tragaluz superior. Tenía los brazos apoyados tras la nuca. Y su mirada clavada en el mapamundi central de Sartos IV. Lleno a rebosar de un complicado tramado de chinchetas de diferentes colores, banderines y líneas escritas sobre el papel. El resto de la pared estaba empapelado con otras tantas copias del mapa, además de diferentes cartografías y topografías realizadas con diferentes sistemas. Muchas de ellas tenían zonas pintadas de diferentes colores, según su motivo. Pero todos los mapas coincidían en dos detalles: mantenían un título encima de ellos, y un folio agarrado en cada lateral explicaba la leyenda del mismo.

Sus ojos continuaban fijos en el mapa central. Su título era “Situación General”. Le asombraba comprobar su capacidad de pasar horas contemplando la información que contenía la pared, tomándolo hasta cierto punto como algo relajante. Convenciéndose que estaba dirigiendo toda la maquinaria bélica que disponía en la dirección adecuada, manteniendo una ventaja vital ante los enemigos.

Pero nada le podía rebajar la angustia le reptaba por el estómago. Mirara a donde mirara, recorriendo aleatoriamente la caótica composición ante él, salpicada por miles de marcas, sus ojos terminaban siempre sobre la pequeña chincheta blanca con la letra “C” pintada en verde.

Las velas de su mesa se habían extinguido durante la noche, mientras había podido cabecear su sueño intranquilo. El resto de útiles de ilumi-

nación, compuesto por antorchas y cirios repartidos por la sala no había llegado a ser utilizado. Bufó. El cansancio le había podido de largo, y había trabajado menos de lo que había esperado. Llevaba demasiado sin descansar lo suficiente. Quizá era ése el motivo por el cual se sentía intranquilo. La percepción y objetividad de un hombre agotado era más que discutible.

Se estaba justificando. No podía perder el tiempo divagando de ese modo. Tenía cosas que hacer. Con determinación, levantó su cuerpo del sillón en una dolorosa incorporación. Con un movimiento titubeante llegó a una puerta semienterrada detrás de una entre tantas estanterías repletas de libros, por donde entró a un pequeño aseo. Se lavó la cara con agua fría. Notó como se despejaba. Advirtió como su juicio se aclaraba y volvía a encajar toda la información de un modo matemático. Levantó la cabeza y mantuvo su propia mirada contra el reflejo del espejo. La tensión y el cansancio eran patentes en su rostro.

El no conocer el estado de “la caravana” estaba siendo una presión insostenible. Apretó los dientes. Tendría que haber entrado ya en la “zona blanca”, pero no había recibido ninguna comunicación. Le remordía la conciencia el hecho de que había mandado la creación de dicha caravana instigado por la desesperación. Después de todas las decisiones fríamente calculadas durante los años, consiguiendo la construcción, paso tras paso, de un poderoso bastión defensivo, se había visto obligado a asumir un riesgo.

Si todo salía bien, ganarían una autosuficiencia necesaria para resistir casi cualquier envite enemigo durante un tiempo ilimitado. Si todo salía mal, habría perdido a sus mejores hombres, y probablemente toda la esperanza de supervivencia.

Supervivencia. ¿Cuándo había enterrado los conceptos de “Victoria” o incluso de “Venganza”? ¿Quizá cuando había tenido que eliminar a parte de las fuerzas Imperiales que habían sido enviadas para apoyarles? ¿O cuando había constatado a la tercera fuerza bélica del planeta, mucho más terrorífica que los herejes y caóticos?

Bufó y se pasó la mano por el pelo corto y gris. Sus rasgos definidos y duros acompañaban la mirada llena de determinación que había unido a las miles de almas que moraban en Fuerte Victoria. Sabía que se había convertido en la firme mano que guiaba a los supervivientes en la oscuridad. No podía permitirse el lujo de que notaran la duda que albergaba su corazón. Tenían que tener fe total en su líder. Porque jamás podrían volver al punto cuando todo había comenzado.

Tendrían que continuar hacia adelante.

Hoy hacía siete años.

No había marcha atrás.

Se mesó la barbilla. Con movimientos mecánicos, empezó la rutina del afeitado diario. Mirando fijamente a las pupilas que le observaban desde el espejo.

El brillo inextinguible de la determinación fue creciendo en ellas.

El soldado encargado de las transmisiones continuaba incesantemente su trabajo. Con los auriculares firmemente sujetos a su cabeza, iba rotando las pequeñas clavijas del sistema de comunicaciones que tenía ante él. Navegando entre las ondas, buscando entre ellas cualquier señal amiga, o, en el peor caso, enemiga.

Con la otra mano, escribía sobre los folios de su portapapeles. Apuntaba más y más datos, que se tornaban en comillas de la frase “no ha habido señal” de la primera fila. Sobre el informe que pasaría sin filtrar al mismo Comandante Garreth. Todo el mundo conocía que éste era un fanático de la información, la matemática y la estadística. Aunque no fuesen las características más habituales en un alto cargo militar, de momento estaban resultando acertadas para lidiar contra los múltiples enemigos que podrían invadir Fuerte Victoria.

Paseó la mirada por el resto de la sala donde se encontraba, mientras sus oídos permanecían atentos al continuo chasquear de los auriculares.

En la penumbra, se perfilaban decenas de sistemas de comunicaciones. Yaciendo inútilmente en sus puestos, ante las sillas vacías de los operarios.

Fuerte Victoria había tenido un potente sistema de comunicaciones, tanto a nivel planetario como de sistema. Recordó cuando había entrado en esa misma sala por primera vez. Se había encontrado entre varios cientos de camaradas, cada uno de ellos con una tarea específica. Pasando informaciones a otros puntos del planeta. Codificando y descodificando mensajes. Incluso filtrando información que llegaría directamente a la Gobernadora Planetaria, la Excelentísima Señora Victoria Van Garde.

Y ahora, después de que el Infierno se hubiese desatado, resultaba imposible mantener los canales abiertos durante todo el día con dos operarios. Le resultaba ridículo el saber que, en caso de que llegase información importante, tendría que salir él mismo a llevarla a un superior. Pudiendo perder los mensajes que aconteciesen mientras.

Además de la preocupante falta de hombres preparados, el nerviosismo estaba filtrándose profundamente en las entrañas de Forte Victoria. Se empezaba a extender el rumor que el Comandante, antaño seguro y confiado en sus números, acumulando victorias sobre el enemigo, empezaba a perder capacidades. La gente olvidaba rápidamente a los héroes.

De todos modos, los motivos se habían mostrado de manera objetiva. Inexplicablemente, las últimas caravanas habían sufrido mayores contratiempos de los previstos. Muchas de ellas no habían vuelto jamás. Varios sistemas vitales de la frágil comunidad que había dentro del fuerte también habían comenzado a fallar. La purificación mecánica del agua o la filtración del aire había sufrido graves desperfectos. Como consecuencia, algunos brotes aislados de diversas enfermedades habían causado varias muertes entre la población civil.

Los percances espoleaban las imaginaciones de los habitantes del fuerte, tanto militares como civiles. No era difícil encontrar a algunos

iluminados que cuchicheaban sobre un complot. Otros paranoicos incluso señalaban que el problema se solucionaría con *otra* purga interna. Se estaban mezclando los peligrosos ingredientes que alimentaban la desconfianza y el temor en los hombres.

Llegando a este punto de pensamiento, el soldado terminó de apuntar en la página y pasó a la siguiente. Sin necesidad de mirar el encabezado, cambió los canales y las frecuencias para hacer el nuevo barrido. Esperó unos instantes jugueteando con el símbolo del águila imperial que sobresalía en la mesa mientras las antenas se reorganizaban y la parrilla de luces tomaba el color verde. Hasta que todo estuvo operativo nuevamente.

Inesperadamente, entre el continuo chisporroteo de la estática, se escuchó un murmullo sutilmente diferente. Sorprendido, el soldado se puso tenso y empezó a mover los controles para refinar la onda. Clavó los ojos en un punto indefinido de la pared y sintió cómo se alejaba o acercaba al sonido con los leves movimientos de los mandos.

No había error. Era una voz humana

– ... bon al ha ... erte vic ... mos desde la ... en zona ...

El soldado de comunicaciones no pudo evitar una risa nerviosa. Giró un poco más un control, pudiendo resaltar todavía más la voz entre el susurro de las ondas muertas. Con un espasmo, se dio cuenta que había pasado algo por algo. Golpeó con rapidez un botón que lanzó la rutina de grabación del mensaje. Respiró profundamente para tranquilizarse. Sería el portador de una más que buena noticia.

– ... Sargento Tho ... bon al ha ... recibe Forte Vic ... nicamos desde ... mos en zona blan ... aquí Sarge ... Barbon ...

Se acercó el micro nerviosamente. No podía mejorar la señal, pero ahora podría intentar comunicarse con ellos. Mientras su mano recorría el espacio que le separaba al botón para comenzar su transmisión, otra voz entró en las ondas.

El soldado, con el movimiento congelado, la escuchó. Notó como se le erizaba el vello de la nuca, mientras un escalofrío de puro terror le recorría la espalda. Revisó varias veces las frecuencias en las que se

encontraba, por si se había equivocado. Pero no era así.

Dándose cuenta de golpe, gritó y tiró los auriculares a la mesa. Salió corriendo como un poseso en busca del Comandante.

Eran, con diferencia, las *peores* noticias de los últimos siete años.

Tumba

El Comandante Julius Garreth, finalmente aseado, se colocó su ajada gabardina gris sobre la armadura de caparazón. La fijó en un par de movimientos mecánicos. Se ciñó tanto el comunicador como la pistola láser al cinto. Utilizando ambas manos, se caló su gorra, de un gris oscuro con la visera curvada. Finalizó su atuendo colocándose unos resistentes guantes de cuero negro. Y agarró su grueso cuaderno de control, que introdujo en su gabardina.

Vestía exactamente igual que cualquier otro sargento de las Fuerzas de Defensa Planetaria de Sartos IV. Aunque había sido ascendido al puesto de Comandante debido al vacío de poder después de la traición de la Gobernadora, desdeñaba todo lo que aparentase un rango superior. Odiaba cualquier atuendo que se pareciera al de los comisarios, por ejemplo. Nada que se aproximase a ése aura de prepotencia. Creerse superior por vestir totalmente de negro, o por tener el dudoso honor de poder ejecutar a sus propias tropas era una auténtica necesidad. Tan sólo había que ser estrictamente correcto siguiendo las normas. Cuando la doctrina diaria estaba inflexiblemente enraizada en los corazones de los soldados, todo funcionaba por sí mismo. Aunque estuviesen en un estado de sitio, los hombres tenían que mantener sus vestiduras limpias y presentables para una inspección. Debían afeitarse todos los días, y tener el pelo corto, como mandaba el código militar sartosiano. Y mientras estuviese él al mando, así sería.

Enfrascado en sus pensamientos, metió una mano en su bolsillo y sacó una pequeña piedra redonda, la cual llevaba el escudo de las FDP sartosianas grabado. Empezó a jugar con ella mientras bajaba por unas estrechas escaleras de piedra. Al no tener iluminación directa, cada

varios metros había una antorcha encendida.

El Fuerte donde se encontraban era un auténtico despliegue de medios de los estrategas sartosianos, puesto que estaba *dentro* de la montaña. Se había construido de modo que resultaba prácticamente inexpugnable desde el exterior. Se erigía como un colmillo romo al borde de un profundo precipicio. Un grueso aro de ferrocemento, de más de cuarenta metros de superficie, lo circundaba, ascendiendo por toda su superficie como una espiral. Se veía completamente repleto de almenas y posiciones de artillería ligera en la parte inferior y pesada en la superior. Con la mayoría de los puestos de combate descorazonadoramente vacíos. Mantenía sobre el aro campos de cultivo y los barracones de los soldados que mantenían la guardia, que recorrían toda su extensión desde la base hasta la cumbre del Fuerte, en grupos de dos. La ruta entera les llevaba bastante más de una hora para completarla.

La entrada hacia el acceso frontal del Fuerte estaba totalmente despejada. Tenía ante sí varios kilómetros de lisa ladera de montaña, sin ninguna cobertura para el enemigo. La vista llegaba libremente hasta las suaves lomas que había atrás, que tapaban los edificios más bajos de la ciudad destruida de Elayana, la antigua capital planetaria.

El Comandante fue cambiando de camino de modo mecánico, paseando por las entrañas del pétreo Fuerte. Pasó tanto por pasillos metálicos por los cuales sus botas levantaron fantasmagóricos ecos, como por pequeñas cavernas de almacenaje de productos. Recorría su camino inconscientemente, eligiendo la dirección correcta cada vez que se encontraba con una bifurcación. Sin necesidad de comprobar las placas que rezaban hacia dónde dirigía cada pasillo. Si se lo hubiesen pedido, podría incluso haber recitado todas las oraciones que habían escritas en los pequeños altares, con forma de águila, que había en cada intersección.

Finalmente llegó al metálico puente colgante. A una veintena de metros del suelo, sobre la colosal maquinaria que gestionaba el acondicionamiento general del Fuerte. El auténtico corazón de los supervivientes hacinados allí. Desde donde partían millones de cables y nervios

metálicos, que recorrían miles de caminos diferentes, atravesando la roca viva o ensamblándose a otros extraños dispositivos. Zumbando de un modo constante.

Era con diferencia la sección de todo el Fuerte que precisaba mayor control humano. Tres escuadras de diez expertos cada una se encargaban de su mantenimiento de modo constante. Comandadas por el Tecnosacerdote Visioingeniero Diago Persus.

El Comandante Julius Garreth se ubicó en un punto en concreto del puente. El pasamanos tenía una parte más ancha, donde apoyó su cuaderno. Lo fijó con unas pequeñas mordazas. No estaría bien que la valiosa libreta pudiese caer los metros que le separaban del suelo, sobre la más que importante maquinaria. Sacó su comunicador y abrió la transmisión por un canal en concreto. Veía algunos hombres vestidos con batas blancas recorriendo los pasillos que formaban los cientos de componentes apilados, desde pequeñas turbinas hasta moles grandes como tanques. Pero no encontró con su mirada al seguidor del Dios Máquina, con su capa roja y su capucha sobre la cabeza.

–Comandante Julius Garreth al habla. Reporte la situación actual, Excelentísimo Visioingeniero Diago Persus. –Su voz generó unos ecos que fueron rápidamente engullidos por el constante zumbido de la inmensa sala.

Había sido un auténtico golpe de suerte el haber encontrado al visioingeniero entre los supervivientes del Fuerte. Sin él, hubiesen estado condenados desde el principio. La parte mala era que el adorador del Ommissiah lo sabía.

–Buenos días, Comandante. Seguimos con los malditos problemas por aquí, señor. El sagrado Espíritu Máquina está furioso, y no disponemos de herramientas para aplacarlo. Si tuviésemos el generador de flujo lateral que le pedí, podría destilar más aceites que me ayudarían con mi tarea. El sensor de control de energía muestra datos erróneos, pero necesitaría poder extraer el filamento de arconio de la unidad de almacenamiento, para que así...

Julius escuchó la atropellada voz de su interlocutor. No entendía

apenas nada de lo que decía, pero no le importaba. Era una maldita costumbre ya. Cuando el visioingeniero se cansase de su propia retahíla de lamentos diarios, le daría la única información que le resultaba útil.

–... además que, como le he dicho en más de una ocasión, esta maquinaria es mucho más compleja que un simple vehículo. No quiero decir con esto que no sea capaz de comunicarme con su espíritu latente, por el Emperador, sino que es algo diferente. Además, mi trabajo siempre se ve ralentizado por las escuadras a mi mando. ¿No hay posibilidad de convertir en un servidor a alguno de estos hombres? Muchos de ellos podrían mantener una cadencia de trabajo superior con tan sólo los implantes de...

Julius sintió una punzada de impaciencia. Normalmente consentía los desvaríos de su interlocutor. Pero quizá hoy no era el día. Quizá estaba demasiado cansado.

–Le he pedido el reporte diario, Diago Persus. Sigo esperándolo. –Interrumpió Julius bruscamente.

El visioingeniero calló al otro lado del comunicador. No era normal que le interrumpiesen. El Comandante supo a ciencia cierta que el adorador del Espíritu Máquina estaba dudando entre mostrarse cauteloso u ofendido. Tomó aire mientras notaba como su arrebatado de impaciencia se convertía en un torrente de exasperación.

–Sigo esperando, Visioingeniero. –Repitió, intentando mantener la frialdad en el tono. –¿Cómo se encuentran las reservas de energía de armamento?

Quizá el Tecnosacerdote había detectado una diferencia en el tono habitual. Tal vez había decidido que, *por esta vez*, era mejor ignorar la ofensa y responder a las preguntas con presteza.

–Las reservas de energías siguen en recesión, señor. Tan sólo el veinte por ciento de la artillería ligera y el diez por ciento de la pesada está operativo en la dirección de la Llanura de Ares. Todo nuestro armamento defensivo apuntando hacia la Caída del Difunto está desconectado. Déjeme aconsejarle el desconectar también nuestro sistema de radar

hacia la zona muerta de...

–¿Los niveles de agua potable y de riego?

–También en recesión, situándose por debajo del nivel medio, señor. Estamos teniendo problemas refrigerando algunos módulos del sistema central, así que estamos aumentando el consumo de agua. –El visioingeniero se tomó un instante para continuar. –Pero ambos puntos tendrán cierta solución a corto plazo. Se espera una fuerte tormenta en las próximas horas. Ya hemos preparado el sistema general de aislamiento ante lluvia, y los procedimientos de recogida de agua y generación de energía eólica.

Julius bufó. Aunque estaban entrando en la temporada de lluvias, si “la caravana” no llegaba pronto, la situación sería insostenible en breve. Con una mueca, garabateó con fuerza los datos que estaba recibiendo en su cuaderno. Continuó preguntado por los sistemas de aprovechamiento de luz externa, la disposición de desechos, el control de los sistemas de ventilación...

Cuando terminó, soltó el cuaderno de su anclaje y lo volvió a introducir en el interior de su gabardina. Se despidió del visioingeniero y continuó su camino.

Hacia el punto más doloroso de su recorrido diario.

El Comandante Julius Garreth llegó al punto final de su ronda. Entrando a una amplia caverna, antaño puesto de vigilancia y ahora utilizada como uno de tantos barracones civiles. Aunque la temperatura en todo el Fuerte era constante, era común que en algunos puntos hubiese siempre alguna hoguera encendida. Como era el caso donde se encontraba. El humo danzaba hasta que desaparecía por un inmenso tragaluz superior, por donde se filtraban los primeros rayos del día.

Julius siempre terminaba su primera ronda diaria en ese punto. Repi-

tiendo una y otra vez su dolorosa comunión con la vista insólita que se extendía ante él. Se había convertido en una rutina tan inevitable como el afeitado diario. Detrás de varios gruesos paneles de ferrocristal se veía la Caída del Difunto. Un aterrador abismo, coincidiendo con la parte trasera de Fuerte Victoria. Abajo del todo, desenfocado por la distancia, había un desierto de rocas que se extendía hasta el horizonte. Combinando inmensos peñascos, rocas agrietadas y zonas en las que la fina gravilla terminaba convirtiéndose en arena. Creando un mosaico de miles de dunas, tristes y estériles. Sobre las cuales el viento hacía cabalgar remolinos terrosos. Danzantes fantasmas recorriendo la tortuosa faz de una tumba inmensa.

Un cadáver asesinado a manos de sus propios protectores. Las mismas entrañas de Sartos IV.

Siete años atrás, ese erial muerto había sido un bosque hasta donde se perdía la vista. Con un espléndido lago en su interior, con agua clara como el cristal. Todo el terreno había estado envuelto en suaves lomas verdes, donde varias poblaciones agrícolas habían vivido en paz, bajo la benévola mirada del poderoso Fuerte encaramado en lo alto del barranco. Habían suministrado alimento a la inmensa capital, Elayana, que se encontraba en dirección opuesta.

Y ahora eran tan sólo un doloroso recuerdo sobre una vista muerta. Un sepulcro común, contenedor de los despojos que habían sido el hogar de la mayoría de los sartosianos del Fuerte. Una descomunal herida que continuaba más allá de donde se perdía el horizonte.

Mucho más allá. Demasiado.

Julius sacó su pipa de un bolsillo. Tallada en madera, con incrustaciones en hueso y detalles en metal. Las formas eran increíblemente bellas, combinándose todos los detalles para crear una armoniosa obra. La mantuvo sobre su mano. Con la otra se apoyó en el ferrocristal. Volvió a mirar la desolación ante sí. Como siempre, sintió la necesidad de llorar una vez más. Pero hacía demasiado que había derramado sus últimas lágrimas. Como siempre, su corazón gritó en silencio la misma palabra.

“Perdonadme”.

–La vista no cambiará nunca, Comandante.

Julius Garreth no se giró. Conocía la voz de sobra. Porque aquella mujer habitaba en aquella cueva, junto con otros muchos civiles. Y siempre estaba al lado del fuego, cerca de los ventanales.

– Y la desolación continúa durante muchos más kilómetros, Comandante. Decenas de miles de ellos. Arrasando las canteras de metales de Turg, los puestos de entrenamiento de Aorea, las preciosas cascadas de Lavoja, los interminables campos de cultivo de Mialajan... junto con mil millones de muertos... –La voz tomó aire.

Julius se mantuvo en silencio, de espaldas a su interlocutora. Mientras llenaba su pipa de hebras de tabaco, sus ojos se paseaban por la vastedad de la desolación por la que tanto había llorado. Los comentarios no le causaban ningún tipo de reacción. El desgarrador dolor que le había acompañado durante los últimos siete años era suficiente. Pocas cosas más le podrían molestar.

–A veces muchos pensamos que la Gobernadora se equivocó al detener la destrucción del planeta. –Continuó la voz. –Puede que nuestro destino fuese el de perecer junto con nuestra tierra.

Julius Garreth se giró lentamente. Mantenía la pipa con una mano. Con la otra dejó caer la pequeña piedra redonda con la que había estado jugando todo el camino al corazón de las llamas. Las pequeñas chispas que se levantaron se reflejaron en sus ojos.

–Perecer es libre, *bruja*. –Dijo.

El tono fue suficientemente agresivo. Los demás civiles de la cueva se removieron nerviosos. Pero Julius mantenía la mirada a la mujer que le había estado hablando. A sus casi setenta años se encontraba sentada en el suelo, vestida con harapos. El pelo enmarañado era gris. Su rostro sucio y arrugado. Mostrando una franca sonrisa de dientes llamativamente resplandecientes.

–Prefiero que me llame *adivinatora*, Comandante. –Replicó mirándole directamente a los ojos.

–Tan sólo necesito un motivo para ejecutarla como hereje.

–Y yo no tengo ninguno para sobrevivir. Puede disparar aquí ahora.

–Dijo la vieja, señalando con un dedo mugriento al centro de su frente. La sonrisa continuaba surcando su rostro. –Pero no lo hará. Y no porque no quiera, o no porque no tenga suficientes motivos, Comandante. Sino porque le soy útil. Conozco más de medicina que cualquiera de los incompetentes que tiene por aquí haciéndose pasar por médicos. Soy la única que puede atender los partos con una mínima garantía. Y, además, puedo ver el futuro...

Julius desvió la mirada a la bolsa llena de cuentas, trocitos de hueso y piedras que agitaba su interlocutora. Un montón de burdas baratijas que no eran capaces de adivinar nada. Pero la gente, cuando estaba desesperada, necesitaba *crear*. La adivinadora conseguía crear un equilibrio en el ánimo de la población recluida en Fuerte Victoria. Con sus clamorosas mentiras, con su pequeña aportación de esperanza, conseguía muchas veces más que con los sermones sobre el coraje, el honor y el sacrificio que él mismo repetía a los soldados.

En el fondo no se sorprendía. La había conocido *antes* de que fuese lo que veía ante sí.

Bufó e ignoró la risita victoriosa de su interlocutora. Se agachó y cogió unas tenazas. Agarró con ellas la piedra redonda que estaba ya al rojo vivo, y la introdujo en la cazoleta de la pipa, donde encajó con un “clic”. Inhaló profundamente un par de veces, exhalando por la nariz.

La miró entre el humo. Y se giró nuevamente hacia los ventanales.

Hoy hacía siete años.

Entonces se oyó el inconfundible sonido de una carrera, y un soldado sin aliento entró en la cueva.

Profecía

La adivinadora había escuchado lo que había dicho el soldado de comunicaciones al Comandante. Las peores noticias posibles. Hacía ya un rato que ambos hombres habían salido a la carrera de la cueva.

De todos modos, ella mantenía la vista fija en una piedra del suelo. No era diferente a ninguna otra en particular, pero era la que marcaba lo que estaba esperando. En la pared, a media distancia entre los ventanales de ferrocristal por donde se asomaba diariamente el Comandante y el grandioso tragaluz de la parte superior se hallaba un pequeño rosetón de medio metro de diámetro, con el símbolo de las FDP sartosianas en él. Su centro creaba un pequeño rayo de luz azulada. Que se desplazaba lentamente hacia la piedra.

Tomó aire para tranquilizarse. No le valió para nada. Estaba realmente inquieta. Se masajeaba las manos, sin poder evitar ver el desesperante círculo luminoso que se movía milimétricamente hacia su objetivo. Pasadas unas horas, el cielo se empezó a nublar y el viento empezó a susurrar ligeramente en los exteriores del Fuerte. Automáticamente, el tragaluz superior acristalado comenzó su rutina de cierre. Los sistemas de ventilación empezaron a zumbiar levemente, mientras el aire externo se introducía en la cueva. Los civiles que habían trabajado en los campos exteriores de la planta superior del Fuerte empezaron a llegar, dispuestos a descansar hasta que llegara la hora de la comida.

El rayo azul perdió intensidad, pero siguió reptando por el suelo de la caverna.

El viento ululó con mayor intensidad. Pero la lluvia llegó poco a poco. Los sistemas de recogida de agua fueron generando mayor ruido mien-

tras su rendimiento aumentaba. A la par de la conversión de la llovizna en una espesa cortina de agua que cegaba la vista de los ventanales.

Pero ella no podía pensar en otra cosa. Esperó con el alma en vilo hasta que finalmente el rayo rozó su objetivo. Quedaban tan sólo unos pocos minutos para que llegase el momento exacto. La energía se estaba concentrando para brillar de un modo extremadamente potente. Durante un instante más que fugaz. Así que no había tiempo que perder. El rito tenía que prepararse.

Se mantuvo de espaldas al resto de los civiles. No le prestarían atención, y pensarían que estaba realizando cualquier otra ceremonia que podía pasar de una simple excentricidad a una elaborada preparación de medicamentos. Todos la conocían demasiado como para osar interrumpirla.

Era un riesgo mortal el llevar a cabo aquello que tenía pensado. Si alguno de los civiles, a pocos metros detrás de ella, descubría lo que estaba haciendo, todo terminaría en una más que incómoda situación. Además, estaba también expuesta a cualquier intromisión de cualquier soldado que realizara una ronda. Pero estaba en el lugar apropiado, y el momento era único. No habría otra oportunidad tan clara como ésta. Tendría que confiar en que el papel el cual había *interpretado* en los últimos siete años hubiese calado en sus compañeros. Ninguno se metería en sus asuntos. Esperaba que así fuera.

Extendió una tela gris en el suelo, ante sí. Se dio cuenta de que únicamente restaban un puñado de segundos. Respirando aceleradamente, pero con movimientos pausados, sacó de un pliegue de sus harapos una pequeña caja de metal negro. La abrió con un chasquido y tomó con calma su contenido. Las cartas de cristal psíquico temblaron levemente mientras las mantuvo en su mano. Con un suspiro, comenzó a mezclarlas con suavidad. Entre sus sucias manos tenía ahora mismo una fortuna de valor incalculable. Ejércitos se podrían mover para recuperar un único naipe de los que estaba barajando.

Aunque el riesgo era asumible. Hoy era un día especial. Hoy los miles de millones de muertos y el planeta herido le podían hablar. Esa energía

esquiva, tan descorazonadoramente clara para los psíquicos autorizados, podía mostrarle una distorsionada ventana que se asomaba al futuro.

Se chupó las yemas de los dedos con fruición, hasta que la carne quedó relativamente limpia. Con una pequeña navaja se practicó cortes decididos en cada dedo. Consiguió que la sangre brotara al apretarse la mano con resolución.

Hizo varias marcas en la tela con su propia sangre. Fue cogiendo, una a una, todas las cartas con su mano herida. Los naipes enturbiaban su contenido al notar el líquido vital de su dueña. Cuando terminó de marcarlas todas, empezó a barajarlas lentamente. Entonando un pequeño canto entre dientes. Con los ojos fijos sobre la piedra. Buscando el momento que el rayo ovalado estuviese totalmente centrado.

Letanías, rezos, oraciones, plegarias. Todo surgía como un suspiro desde su boca entornada. Cada segundo duraba una eternidad a sus ojos. Arropado con el rítmico mezclar de la ensangrentada baraja. Dejando a un lado la consciencia y fluyendo por el peligroso terreno del misticismo.

Hasta que *notó* que el momento había llegado.

Detuvo con un espasmo su movimiento. Retiró con mimo siete cartas de la baraja. Colocó a cada una de ellas en las posiciones que debían ir. En tres parejas de dos unidades, con la séptima separada de las demás. Todas se mostraban negras como la medianoche.

Esperó.

Afortunadamente, nadie había reparado en ella.

Así que nadie vio el titánico esfuerzo de autocontrol que hizo cuando el resultado se mostró ante ella. Nadie supo la angustiada ansiedad que le atenazó el estómago.

Primera y segunda carta, El Capitán y El Rey.

Tercera y cuarta carta, El Barco y El Cataclismo.

Quinta y sexta carta, El Bebé y el Ángel.

Séptima carta, La Guadaña.

La adivinadora musitó una única frase.

–Los amos permanecen a bordo cuando el navío se hunde. Todos los que han nacido aquí irán al cielo. Al séptimo día llegará el fin.

El Fuerte iba a caer. El Comandante Julius estaba condenado. La Gobernadora, aunque se le daba por muerta, también. Junto con la totalidad de la población recluida, militares y civiles, mujeres y niños.

Todos morirían en siete días. El *planeta* moriría en siete días. Y ella sabía que era verdad.

Sus manos temblaban incontrolablemente. Un naipe se le resbaló y cayó sobre las piedras, rompiéndose y liberando una pequeña nube blanca de su interior.

Todo había sido en vano.

La tierra tembló. Ella gritó al borde del colapso mental. Los civiles se sobresaltaron, y los niños pequeños comenzaron a llorar. El penetrante sonido de unas potentísimas descargas llegó hasta todos ellos con violencia.

Con el rostro desencajado, respirando fuertemente y sangrando por las manos, se dio cuenta de qué estaba pasando. El orgullo de la defensa planetaria sartosiana, el *Decatium Defendum*, estaba disparando.

Los sucesos empezaban a recorrer el tortuoso camino hacia su destino. Gritó.

Sargentos

La lluvia los iba siguiendo. O, al menos, eso parecía. Había comenzado a descargar el brutal aguacero al despuntar el alba. Y ahora, con el día ya moribundo, redoblaba su fiereza.

Lo vehículos avanzaban lentamente por el centro de la amplia carretera de seis carriles. Levantando una densa lengua de agua embarrada a su paso. La tormenta inclemente los azotaba continuamente, repiqueteando y silbando. Haciendo que los pilotos estuviesen más atentos a los sistemas de radar y estimación de dirección que de la cortina de agua que no les dejaba ver más que unos pocos metros.

El sargento Thomas Barbon se encontraba incómodo en el interior del vehículo del sargento Gabriel Garreth. No comprendía cómo había podido ir en él durante toda la travesía. Todo el material apilado apenas le dejaba espacio libre.

Una sucesión de relámpagos acuchilló el anochecer. Respondieron unos truenos ensordecedores. Una fuerte ráfaga de viento sacudió al vehículo. El sargento notó como el transporte blindado se balanceaba. La tormenta se recrudecía, por lo que el peligro era claro. Los camiones, calzando unos desgastados neumáticos del tipo estándar, podrían perder fácilmente la tracción. Deslizándose, convirtiéndose en máquinas que difícilmente podrían volver a estar bajo control. Sacó el comunicador de su cinturón y abrió el canal de transferencia con los pilotos del resto de los vehículos.

–Señores, aquí Thomas. Vamos a bajar la velocidad a la mínima dentro del patrón que les he dado. Quiero una lenta y elegante desaceleración. Y quiero que copilotos estén atentos a los sensores de distancia con el

resto de vehículos. No quiero ni imaginar el que podamos sufrir una colisión en cadena, ¿queda jodidamente claro? Recemos por que el Emperador interceda para que amaine este maldito diluvio.

Llegaron todos los “sí, señor” y “entendido, señor” de los vehículos de la caravana. El sargento Barbon cerró el canal y se recostó como buena mente pudo en el escaso espacio que tenía a su disposición. La rugiente lluvia repiqueteaba sobre las planchas blindadas, ahogando el sonido del motor del Chimera. Estuvo escuchando durante unos minutos la furiosa tormenta. Los resonantes truenos lejanos, los relámpagos que centelleaban e iluminaban durante un segundo el interior del vehículo. El olor inconfundible a lluvia. Sonrió. La verdad es que fuera tendría que hacer un frío del carajo. Se arropó con una tela que empleaba como sábana. Colgó el comunicador de un enganche por encima de su cabeza. Abrió el canal de los sargentos. Acostado y tapado, se puso las manos tras la nuca.

–Sargento Danker, aquí Thomas. ¿Me recibe?

Pasaron unos segundos hasta que recibió contestación.

–Aquí sargento Danker al habla. ¿Qué desea, sargento Barbon?

–Nada realmente. ¿Ha visto alguna anomalía por la retaguardia, sargento?

–Si podemos tomar este jodido diluvio como una *anomalía*, sí, he visto alguna.

El sargento Barbon sonrió mientras continuaba mirando al techo acorazado. Habían pasado ya dos días desde que habían abandonado la Cantera Fuenteverde. Y todavía no habían hablado del incidente. Aunque ambos sargentos eran los únicos que podían decidir ahora, y por tanto mantenían más comunicación que cuando Gabriel se encargaba de la logística, habían evitado conscientemente el tema.

–Esta lluvia es un símbolo de nuestro planeta, sargento Danker. Los sartosianos amamos cualquier tipo de climatología adversa. –Comentó el sargento Barbon.

–Cada cual con sus gustos. De todos modos ahora comienza la época

de lluvia, sargento Barbon. Este agua vendrá bien en Fuerte Victoria.

–La lluvia no siempre es beneficiosa. Intuyo que esta noche va a ser muy larga. Como esta tempestad nos siga castigando, tendremos que detenernos. Y me resulta imposible entender el cuaderno de Gabriel para encontrar puntos seguros. Toda nuestra estrategia se ha simplificado a seguir la carretera principal que nos lleva a Elayana y después a Fuerte Victoria.

–Los camiones han montado la estructura reforzada por dentro de la tela. –Apuntó el sargento Danker. –Las planchas ofrecen mejor blindaje ante un asalto enemigo, además que estamos protegiendo mejor a los civiles ante este aguacero. Por lo demás, la tormenta es igual para el enemigo que para nosotros.

–¿Y no se pregunta por qué no llevamos *siempre* la estructura reforzada montada, sargento Danker? Los camiones están pensados para transportar materiales, no personas. Al estar tan cargados, el aire se vicia en su interior. Tienen que abrir los puntos de disparo para poder respirar. No tienen que estar tan cómodos como nosotros en nuestros Chimera. Ni tan seguros. –Dijo el sargento Barbon, haciendo gala de su conocimiento sobre el estado de los civiles.

–Eso es cierto. Además, nuestros vehículos son anfibios. Por lo que a nosotros respecta, podría descargar todavía más agua esta jodida tormenta.

El sargento Barbon sonrió nuevamente al techo. Debería ser al contrario. Él tendría que hacer los comentarios irónicos, el sargento Danker apenas hablaría, y Gabriel se desesperaría con ellos.

Gabriel.

La imagen del destartado vehículo abatiendo al joven sargento le volvió a la mente. Cerró los ojos. El comunicador permaneció en silencio.

–Ha habido otra baja. Otro herido nos ha dejado hará no más de una hora. –Dijo el sargento Barbon casi para sí mismo, asociando ideas.

–No se me había informado. ¿De qué escuadra era?

–Era Philippe. Escuadra roja, la de Gabriel.

–¿El del impacto en el pecho?

–Exacto.

El sargento Barbon esperó. Sabía exactamente lo que le iba a preguntar su camarada.

–¿Cuándo pararemos para enterrar el cuerpo?

–No se parará, sargento Danker. Mis hombres han arrojado al cadáver desde el camión “Rojo Dos”. Estamos siguiendo una ruta que probablemente sea la menos adecuada. Vamos en línea recta, por el centro de una carretera principal, sin ningún tipo de cobertura...

–No ha sido correcto. –Interrumpió secamente el sargento Danker.

–La próxima vez que ocurra algo así, quiero que se me informe antes. Ahora decidimos al cincuenta por ciento, sargento. Y no estoy dispuesto a dejar que mis soldados se pudran al sol. No voy a permitir que alguno de mis hombres no reciba sepultura. ¿Está claro?

“Tienes toda la razón, amigo”, pensó el sargento Barbon, con los ojos aún cerrados. Aunque el sargento Danker había mostrado una temible indiferencia a la hora de matar a otro semejante, ejecutando sin piedad a mujeres o niños, siempre defendía el enterrar a cualquier baja. Incluso había obligado a apilar todos los cadáveres que había dejado el encuentro de la Cantera Fuenteverde, y prenderles fuego.

Gracias a eso, lo habían visto.

Un escalofrío recorrió la espalda del sargento Barbon al recordarlo.

–¿Era realmente él? –El sargento Barbon abordó el tema que ambos hombres habían estado evitando de un modo directo.

El silencio proveniente del comunicador pareció acallar al resto de sonidos que lo envolvían.

–¿Era realmente él? –Repitió. Para sí mismo. Tragando saliva. Abriendo los ojos, para ver el techo desenfocado por las lágrimas.

Medianoche

La caravana continuó progresando por la carretera. La noche llegó rápidamente, mientras la tormenta continuaba con su descarga inclemente. La columna mecanizada acumulaba kilómetros lentamente. Si bien la calzada era casi totalmente recta, y contenía un sistema de drenaje bastante efectivo, el agua estancada y lo irregular del firme comprometía la seguridad del avance.

Enfilaron el último puerto de montaña para llegar hasta el valle que contenía a la capital, Elayana. Tenían ante ellos una cantidad importante de kilómetros en subida, repletos de curvas a lo largo de múltiples desfiladeros. Tuvieron que empezar a esquivar los peñascos y árboles que encontraban en su camino, producto de los continuos y peligrosos corrimientos de tierra. La furiosa tormenta se recrudeció con fiereza.

Los camiones empezaron a perder el control una y otra vez. El “Azul Tres” se empotró contra un peñasco, e hizo falta la mitad de los soldados para poder devolverlo a la calzada. El agua descendía por la carretera, llegando a los hombres por la rodilla. La caravana llegó con dificultad a un punto más llano, culminando la primera parte de la subida y abriendo una pequeña meseta ante ellos.

La dificultad para avanzar disminuyó levemente. Pudiendo progresar más rápidamente, no tardaron en encontrar un cobijo apropiado. Llegaron al amparo de un grueso puente que formaba otra carretera que cruzaba sobre ellos. Dieron el alto. Los gruesos pilares de sujeción, de ferrocemento armado, fueron rodeados por resistentes cables de acero trenzado, que sirvieron para anclar los camiones. Al menos, ya no saldrían flotando.

Todo el refugio que daba el puente era íntegramente aprovechado por los camiones. Los vehículos tácticos acorazados Chimera permanecían fuera de su cobijo. Bajo la continua lluvia. El del sargento Danker en la retaguardia. Los otros dos, en la vanguardia. Fueron calzados con gruesas piedras por los soldados.

–Todos los camiones han sido anclados correctamente. –Dijo el sargento Danker por el comunicador.

–Perfecto. Los víveres para esta cena están siendo repartidos por mis hombres. No tardarán en llegar a su Chimera. Corto. –Respondió el sargento Barbon. Sabía que su camarada habría participado personalmente en las tareas de anclaje, puesto que su escuadra había sido reducida a la mitad de efectivos en el enfrentamiento de la Cantera Fuenteverde. Sonrió al pensar que ahora estaría empapado como una sopa. En cambio, él no pensaba abandonar su vehículo mientras pudiese evitarlo. Le resultaba triste que sus hombres se calaran hasta los huesos, transportando víveres entre los camiones y acompañando a los civiles a que hicieses sus necesidades al amparo del puente. Pero alguien tenía que hacer ése trabajo. Y ésa era una de las diferencias entre los sargentos y los soldados.

Se sentó y se colocó la sábana sobre los hombros. Encendió la pequeña luz anaranjada del interior del vehículo. Se puso la bandeja con la ración de la tardía cena sobre las rodillas, y empezó a dar cuenta de ella. Arrullado por el constante repiquetear de la lluvia sobre el vehículo. Envuelto en su húmedo aroma.

Era un sartosiano. En Sartos IV las tormentas eran muy comunes. En la soledad del vehículo, comiendo tranquilamente y escuchando el furioso tronar o el continuo tamborileo de la lluvia, se sintió tranquilo. Sacó una pequeña petaca metálica de un bolsillo oculto y la agitó para medir su contenido. Quedaba lo justo para esa noche. Le dio el primer trago.

Mientras los relajantes efluvios espirituosos le recorrían, rememoró al Comando Espada de Fuego. El inesperado ataque de melancolía le im-

pulsó para seguir navegando por sus recuerdos, lentamente, saboreando nuevamente viejas sensaciones. Una cálida sensación de paz le envolvió. No pudo evitar divagar filosofando sobre el caprichoso camino que había seguido durante tiempos pasados. Pudiéndose mostrar serenamente el conjunto de cicatrices que había sido su vida. Teniendo una íntima charla consigo mismo. Estuvo así un buen rato, con la mirada perdida, acabando en el proceso con el contenido de la petaca, gracias a largos tragos de intenso sabor.

Concluyó con que estaba satisfecho con todo lo que había hecho. Hasta el punto de que, llegado el caso, repetiría sus errores. Habían sido sus mejores maestros. Sonrió a las mudas piezas bañadas por la luz anaranjada. Quizá se sentía feliz. Tan sólo anhelaba un pequeño milagro más.

–Sargento Barbon, aquí Lara. Nuestro enfermito ha despertado. –Dijo una voz rebosante de alegría por el comunicador.

Thomas Barbon no pudo evitar reír. Alabó al Emperador en su Trono Dorado. El destino estaba siendo inesperadamente generoso con él. Se acababa de cumplir lo que había pedido. Desembarazándose de la sábana en un movimiento algo impreciso, se levantó tambaleante y apretó el control que abría el portón del Chimera. Le tocaría mojarse, pero no le importaba.

La rampa empezó a bajar. Un viento frío como el hielo se introdujo en el vehículo. La inclemente lluvia castigaba con fiereza. Creando una cortina de agua, desbordando los socavones del asfalto y formando pequeños riachuelos de engañosa profundidad. El sargento se ciño bien su ropa. Antes de salir al exterior, se detuvo un instante para mirar el lugar donde había cenado. Un pensamiento macabro le cruzó por la mente.

–Si hubiese sido mi última cena, estaría satisfecho. –Dijo.

Y salió con paso ligero, pero sin correr. Estaba de buen humor, y a fin de cuentas llegaría totalmente empapado. Caminó en dirección a su chimera, donde Lara había estado atendiendo a Gabriel durante los últimos días.

Se sentía feliz. Desconocía que, en efecto, ésta había sido su última cena.

La distribución de la caravana, compuesta por tres blindados y seis camiones se había hecho en función de colores. Mientras la escuadra del sargento Gabriel Garreth era la de color “Rojo”, denominándose su Chimera “Rojo Uno”, y los dos camiones que le seguían “Rojo Dos” y “Rojo Tres”, las escuadras del sargento Danker y el sargento Barbon se habían designado como Azul y Amarilla respectivamente.

Debido a que el chimera del sargento Gabriel Garreth iba cargado hasta los topes de material vital para Fuerte Victoria, los sargentos Barbon y Danker habían decidido transportar a Gabriel en el chimera de Barbon, el “Amarillo Uno”, donde podría ser atendido de sus heridas.

Y el sargento Barbon había tenido que utilizar el incómodo “Rojo Uno”.

El sargento Barbon recorrió la distancia que le separaba de su preciado chimera, cruzando la lluviosa noche entre chapoteos. Comprobó que lo habían introducido parcialmente bajo el puente. Resguardando la rampa trasera. Así permitía que los sargentos pudiesen acceder al vehículo sin que se mojase todo su interior.

Cuando estuvo cerca del portón, el penetrante olor a desinfectantes le golpeó como un puño. Se puso una mano de máscara ante su nariz, hasta que su pituitaria se saturase con el olor y dejara de molestarle. Maldijo mientras embarcaba en el vehículo. Notó que, inmediatamente después, la rampa empezaba a subir. Cerrándose con un seco chasquido.

No esperaban a nadie más. El sargento Danker ya había llegado, y era quien había accionado el mecanismo. En una esquina del transporte se veía una sombra más densa que el resto de formadas por la tenue luz anaranjada. Era la figura encapuchada. No se había separado de Gabriel desde que éste le había salvado la vida. En la zona más iluminada se encontraba tumbado Gabriel. De pie, a su lado, estaba Lara.

La muchacha reparó en él. Se giró y abrió un compartimento que él había utilizado para sus reservas privadas de alimento. El sargento se sintió desilusionado cuando vio que su contenido había desaparecido,

y ahora sólo contenía ropa. La chica sacó una toalla. Se la tendió con un guiño.

-Tome, sargento Barbon. Está empapado. -Le dijo con una sonrisa. Pero su rostro mostraba signos de agotamiento.

-Llámame Thomas, pequeña. Llámame Thomas, o tendré que volver hacer algo como lo de la cantera, ¿vale?

La muchacha se rió por lo bajo, dulcemente. El sargento Barbon se secó la cabeza y las manos, y se dejó la toalla totalmente empapada sobre los hombros. Se giró hacia el sargento Danker. Le sorprendió ver que no tenía ninguna toalla. Pero más sorprendente fue el ver que estaba *totalmente* seco.

-Cuando uno tiene que trabajar en un planeta tan lluvioso como Sartos IV, debe estar preparado. -Dijo el sargento Danker leyéndole el pensamiento. Señaló con un dedo un grueso chubasquero plástico que estaba colgado en una esquina. Aún en la oscuridad, el sargento Barbon observó cómo aparecía una leve sonrisa en el rostro lleno de cicatrices de su interlocutor.

-Por favor, sargento Danker. Un auténtico sartosiano no tiene miedo a un poco de lluvia.

-Yo siempre he pensado que un hombre *seco* trabaja más cómodo. Sea sartosiano o catachán o cadiano, sargento.

-A un hombre duro no le importan esas futesas, además...

-Caballeros, por favor. -Intervino Lara con delicadeza.

Ambos hombres guardaron silencio. Finalmente, el sargento Barbon se acercó a donde estaba tumbado Gabriel. La única noticia buena es que estaba consciente. Vestía únicamente con una prenda para tapar sus vergüenzas, además de los vendajes. El sargento Barbon, a más de un metro de él, sentía el calor que desprendía por la fiebre. Lara le quitó una toalla seca y caliente de la frente y utilizó la toalla de Barbon, fría con el agua de la lluvia nocturna, para doblarla y colocarla nuevamente sobre su cabeza. Gabriel cerró el ojo y dejó escapar un pequeño suspiro. Todo su cráneo estaba vendado, además de su ojo izquierdo. El ojo

derecho se encontraba amoratado y totalmente inyectado en sangre. Los brazos estaban llenos de arañazos producidos por las armas de los carroñeros. Igual que un feo corte en el costado. Tenía varios apósitos sujetos sobre el pecho, en donde los músculos se veían hundidos donde había impactado el proyectil. Aunque, afortunadamente, no había atravesado su armadura, le había roto varias costillas con seguridad. Finalmente, la pierna derecha estaba vendada a la altura del muslo. La bala le había atravesado de parte a parte. El vendaje estaba manchado de sangre. Aunque el mismo sargento Danker había suturado la herida con el escaso material del que disponían, continuaría supurando hasta que pudiese ser finalmente atendida en Fuerte Victoria.

-¡Joder, qué bien te veo! –Exclamó el sargento Barbon.

Gabriel volvió a abrir el ojo vidrioso y lo fijó en su interlocutor. Sonrió débilmente.

“¿Dónde estamos y qué ocurrió después?”. El sargento Barbon leyó los labios agrietados y secos de Gabriel, ya que su voz, con la intensidad de un suspiro, fue engullida por el sonido de la tormenta.

-Eso no importa ahora, Gabriel. Tienes que descansar. Deja que el sargento Danker y yo nos ocupemos de todo.

El ojo inyectado en sangre continuó fijo en él. La sonrisa se borró lentamente de sus labios.

-Le he preguntado... que dónde estamos y... qué ocurrió después... sargento Barbon. –Dijo Gabriel, levantando la voz hasta un murmullo. Esta vez fue audible. Inmediatamente se contrajo en un espasmo de dolor. Empezó a toser incontrolablemente. Lara se abalanzó sobre él, le levantó la cabeza y se la apoyó contra el pecho. Los hombres allí de pie y la figura encapuchada de la esquina fueron testigos de una desagradable serie de dolorosas inspiraciones y expiraciones, acompañadas de temblores y gemidos.

Finalmente Gabriel se relajó. Lara le limpió la sangre de la boca con una gasa.

-No debes esforzarte, Gabriel. No debes hacerlo. –Le dijo la mucha-

cha suavemente.

El sargento Barbon miró al sargento Danker. Ambos hombres asintieron imperceptiblemente.

-Si vas a ser tan inconsciente, no me queda más remedio que acceder a tus exigencias. Aunque si vuelves a esforzarte, daré media vuelta y volveré a tu chimera, hasta que te vuelvas más comprensivo.

Gabriel asintió. Manteniendo la dolorosa mirada sobre su interlocutor. Movié los labios, formando unas pocas palabras.

El sargento Barbon no pudo evitar abrir los ojos como platos.

Gabriel continuó moviendo los labios sin generar ningún sonido. Hasta que finalmente relajó el rostro y quedó a la espera. El sargento Barbon sonrió amargamente. Había atado los cabos brillantemente.

Así que el rollizo sargento, empapado de pies a cabeza, empezó a hablar. Relató detalladamente todo lo acontecido en la Cantera Fuenteverde. Incluso profundizó el tema que no habían tratado entre el sargento Danker y él. La voz le tembló en ése momento, pero tomó aire y continuó con renovada determinación. No le importó que se encontrase la figura encapuchada al fondo, o Lara, con ellos.

Gabriel mantuvo la mirada fija en todo momento. Absorbiendo la información. Hasta que el sargento Barbon finalizó. Entonces apartó la mirada hasta el techo, y estuvo así durante un instante. Pensando.

El resto de ocupantes del vehículo quedaron en silencio. El sargento Danker, que no había aportado nada más al informe de su compañero, no podía disimular su rostro de preocupación. Lara miraba desalentadamente al suelo.

Finalmente, Gabriel se giró nuevamente hacia el sargento Barbon.

-Cuando crucemos el túnel de Trasgo... estaremos en la Zona Blanca... las frecuencias para contactar... están en mi cuaderno... -Tomó aire ruidosamente, y su mirada se vidrió durante un instante, en el cual soportó la necesidad de volver a toser. Exhalando con dificultad, continuó. –Página doscientos y algo... sobre el informe... se lo dará usted a

mi pa... al Comandante Garreth... buen trabajo, señores... nos hemos librado de una buena... ¿eh?..

Ambos sargentos asintieron. Lara se giró hacia ellos y les hizo un gesto. Éstos volvieron a asentir. El tiempo de visita se había agotado.

–...gracias... entre todos me... habéis salvado la... vida...

–Vale ya, Gabriel. Como continúes hablando, conozco a una muchacha que puede hacernos mucho daño. –Interrumpió el sargento Barbon, levantando una ceja conspiradora. –Ahora descansa.

–Debe descansar, sargento Garreth. Nosotros nos encargaremos de todo a partir de ahora. –Añadió el sargento Danker.

–Mañana nos hallaremos en Zona Blanca. Nuestro viaje estará próximo a su fin. Nos encontraremos a un paso de casa. Así que tenemos que animarnos, ¡lo vamos a conseguir, señores! –Exclamó el sargento Barbon jovialmente.

Aunque todos sonrieron, el sargento Barbon reparó que Lara mantenía una expresión más bien triste. Le resultó extraño.

–¿Estás bien, Lara? –Inquirió.

–Sí, sargento Barbon...

–Llámame Thomas, cariño. Por favor...

Lara volvió a sonreír quedamente. Se apartó algún rizo que le caía sobre la frente y se masajeó las sienes con suavidad. La mano le comenzó a temblar. Su respiración se aceleró y sus pequeños hombros se contrajeron. Empezó a sollozar en silencio.

El sargento Barbon no dudó. Se acercó a ella, la levantó y la abrazó paternalmente.

–A veces se nos olvida el duro trabajo que has hecho, chiquilla. –Dijo, mesándole el cabello. –Es más gracias a ti que a ningún otro que Gabriel se esté recuperando. A tu gran atención y sacrificio durante estos últimos días.

La muchacha se agarró con sus pequeños puños a la cazadora del sargento, y rompió a llorar. Intentó calmarse, pero no pudo. Los estre-

mecimientos le hacían hipar, mientras las lágrimas resbalaban incontrolablemente por su rostro. Intentó hablar, pero no pudo emitir más que un triste lamento ininteligible.

El sargento Danker se acercó al compartimento de la ropa y sacó otra toalla. Se la echó a Lara por la cabeza. El sargento Barbon se agachó junto con la muchacha, dejándola sentada en el suelo.

–Tranquila, chiquilla. Tranquila. Ya hablaremos cuando lleguemos al Fuerte. Sabemos que has visto demasiado. De verdad que lo sabemos. –Murmuró el sargento Barbon al oído de la muchacha. –Ahora, todos necesitamos descansar. Sécate.

–Gracias, señor. –Dijo Lara entre dos hipidos. Se arrebujó con la toalla. Secándose el agua del abrazo del sargento.

Los hombres cruzaron las últimas palabras de despedida entre ellos. La figura encapuchada no se movió de su rincón, aunque continuó mirándoles. La rampa trasera comenzó a descender.

–¿Sargento Barbon?

–¿Sí, sargento Danker?

–¿Me devuelve mi chubasquero?

Túnel

Despuntó el alba mostrando un paisaje totalmente nuevo. Reluciente y lavado después de la tormenta. Donde la carretera continuaba hasta perderse en el horizonte, ascendiendo una loma en dirección a unos picos cercanos, en dirección al Túnel del Trasco. A ambos lados de la vía la tierra se mostraba embarrada. Aunque la vegetación salvaje manifestaba toda su exuberancia, se entreveían las ruinas bajo el manto verde. Las farolas que habían delimitado el asfalto habían caído y estaban oxidadas. Los puestos de control y las granjas que se encontraban a la vista en los campos adyacentes no eran más que ruinas tomadas por la naturaleza. No era difícil ver esqueletos en el supuesto “lado seguro” de alguna improvisada trinchera. Maniqués rotos, huesos expuestos, tragedias consumadas.

Erizándose en toda la periferia, hileras de metálicos molinos de viento, que hacía siete años habían generado una importante cantidad de energía eólica, se revelaban fantasmagóricos y raídos por la falta de mantenimiento. Almas rotas penando en los montes circundantes.

Estaban en la periferia de la ciudad de Elayana. Dentro de los cincuenta kilómetros a la redonda que se habían considerado uno de los puntos más importantes de todo el planeta. Por tanto, había sido una de las zonas más castigadas por los enfrentamientos.

El ataque enemigo había conseguido confundir a gran parte de la población. Se habían creado miles de facciones en un instante, pues todos habían desconfiado de todos. Los campesinos de esa zona habían degustado el pánico visceral de la presa atrapada. Los rumores de “los invasores vienen”, “no dejan a nadie con vida” o “tal vecino está con ellos” se habían extendido rápidamente. Los hombres habían abierto

fuego contra cualquier figura que se acercara a sus granjas. Sin llegar a dirimir si era amiga o enemiga. Amparados en la desesperación del terror absoluto.

Por tanto, las represalias no habían tardado en aparecer. Se habían tachado unos a otros de traidores. Ninguna noticia había llegado desde la capital, tan cercana y tan lejana a la vez. Así que las toscas armas de los aldeanos habían tomado el control de la zona. Creando su propio apocalipsis impulsado por el miedo irracional.

Sumando los muertos y multiplicando el pánico de la zona. Crispándose hasta el límite. Y llegando a dar lugar a la terrible tragedia en el punto a dónde se dirigía ahora la caravana.

La travesía por la montaña cruzaba el Túnel del Trasgo. El paso más rápido y seguro entre la capital y los campos orientales. El cuello de botella donde se habían encontrado frontalmente los refugiados que huían de Elayana con los refugiados provenientes de los campos de la periferia.

Las orgullosas fuerzas militares sartosianas habían sido desbordadas por un violento invasor. Los civiles desarmados no habían sabido hacia dónde dirigirse. No habían sabido qué hacer. Para su desgracia, las turbas atemorizadas no sabían pensar. Pero eran terriblemente peligrosas. Así que, cuando la primera chispa se había encendido, el incendio se había vuelto incontrolable.

Encontrarse en el túnel. Ir en la dirección contraria. Los primeros de cada fila, aterrorizados, queriendo volver, por no saber identificar enemigos de amigos. Los de atrás, empujando huyendo del horror que dejaban tras de sí.

Quizá alguien había sobrevivido. Quizá alguien hubiese podido explicarlo. Quizá había existido un por qué entendible por un humano. Aunque seguramente su juicio habría sido arrasado por la locura.

Es imposible permanecer cuerdo cuando cientos de personas se matan unos a otros con las manos desnudas.

El sargento Barbon sabía que las Fuerzas de Defensa Planetarias no

hubiesen podido evitarlo. El enemigo se había convertido en la prioridad. Y no habían dispuesto de suficientes recursos como para proteger los movimientos de los civiles.

Cuando su escuadra había llegado al puente, la Muerte había terminado su tarea. Era imposible poder describir la sensación de encontrar el túnel lleno de cadáveres. Familias enteras. Restos irreconocibles. Desgarradoras muestras de la desesperación más animal y más humana. Desgraciadas víctimas indirectas del horror de una guerra injusta. El sargento Barbon había desembarcado de su vehículo, y se había introducido un par de metros en el túnel. Con sangre y vísceras humanas hasta la altura de sus tobillos. Había notado el millar de ojos muertos sobre él. Había sentido la culpa de no poder haberlos ayudado.

Había caído de rodillas sobre el líquido vital. Había gritado. Había llorado. Pero los cuerpos sin alma le habían chillado en silencio que era su culpa. No habían perecido por el enemigo. Habían muerto como bestias al ser abandonados.

Y ahora, después de tanto tiempo, todavía le quemaba tal recuerdo en el estómago. Aunque sabía que había sido inevitable, no podía evadirse de la sensación de culpabilidad. Escupió con desprecio desde el afuste exterior del chimera de Gabriel. Tenía que centrarse. Sus recuerdos eran el pasado, una amarga página en la historia de su amado planeta. No tenían nada que ver, aunque tuviese que volver a pasar por allí.

Cuando la caravana había salido de Fuerte Victoria en dirección a Puerto Belisario habían tomado una ruta alternativa, acortando por el valle más al sur. Pero, a la vuelta, y con la época de lluvias encima, volver por el mismo itinerario era un suicidio. La tromba de agua de la noche anterior hubiese acabado con los camiones.

Así que no quedaba más remedio. Después de siete años volvería, como un furtivo, a presentarse ante las cuencas vacías de los civiles.

Inspiró profundamente. Sintió en el rostro el viento, frío y húmedo, que prometía más tormenta. Miró las nubes, oscuras y bajas, que lo corroboraban. No había tiempo que perder. Tendrían que ascender lo

más rápido posible, ya que bajo la lluvia, el paso por la zona de montaña también se complicaría bastante. El destino le obligaba. Tendría que volver a enfrentarse a sus fantasmas.

-Todos los camiones están desatados y listos para seguir, sargento Barbon. -Chasqueó la voz del sargento Danker por el comunicador.

El sargento Barbon cogió el comunicador y lo mantuvo ante sí. No respondió. Cerró la comunicación, y se giró hacia el resto de la caravana. Los civiles habían embarcado ya en los camiones. Los soldados trabajaban ultimando los chequeos de los vehículos. Estaban prácticamente preparados para partir.

-¡Caballeros! -Rugió a pleno pulmón. Descargando un chorro de voz profunda y decidida. -En este momento vamos a poner en marcha la última parte de nuestro viaje. Cuando volvamos a parar, nos encontraremos en Fuerte Victoria. Para ello tan sólo nos queda este pequeño esfuerzo, estas pocas horas. Espero lo mejor de todos vosotros. Y sé que lo daréis. Así que, hermanos, avancemos. Labremos nuestro propio destino ahora. *Cumpliendo nuestro deber con orgullo. Por nuestro juramento. Por nuestro honor. Por Sartos IV.*

Los soldados congelaron sus movimientos mientras escuchaban la arenga del sargento Barbon. La última parte del himno de las FDP se fue extendiendo como la pólvora. Alguno de ellos la musitó por lo bajo. Otros le acompañaron. La determinación empezó a aflorar poco a poco en los cansados corazones. La última letanía se empezó a imponer sobre el ulular del viento. A fin de cuentas, eran orgullosos guerreros. Las penurias del viaje los habían curtido. Poco a poco fueron adoptando la postura de firmes. Poco a poco la consigna sartosiana se convirtió en un poderoso grito de guerra.

Cumpliendo nuestro deber con orgullo. Por nuestro juramento. Por nuestro honor. Por Sartos IV.

Tronando con rabia. Surgiendo del corazón.

Cumpliendo nuestro deber con orgullo. Por nuestro juramento. Por nuestro honor. Por Sartos IV.

El sargento Barbon sonrió y levantó el puño. Los hombres se callaron.

-Adelante entonces, hermanos. ¡Por la victoria! ¡Por la gloria!

Las gargantas se abrieron al unísono. El rugido fue ensordecedor.

Justo al fondo, terminando de revisar las ruedas del camión "Amarillo Tres", el sargento Barbon vio como el sargento Danker le miraba. Y le asentía con aprobación.

Los adoradores del Caos querían tomar Fuerte Victoria. Si tenían fuerzas preparadas, sería en la zona a donde se dirigían ahora. Los muertos esperaban en el Túnel del Trasgo. Los carroñeros se encontraban por todas partes.

Estaban a punto de afrontar el paso más peligroso, pero el sargento Barbon le correspondió el gesto a su camarada. Estaba seguro. Lo conseguirían.

Los vehículos habían arrancado. Estaban en posición, formados y listos. El ruido de los motores ascendió. La columna se empezó a mover. Tres transportes tácticos Chimera. Seis camiones de transporte blindados sartosianos.

Pasaron un par de horas para recorrer la interminable recta. Mientras más se acercaban a la ciudad, mayor cantidad de ruinas se veían. Zonas de trabajo, centros y barriadas de todo tipo aparecían vacías y fantasmales, aumentando la sensación de exposición de la caravana. Las edificaciones estaban cada vez más próximas al asfalto. Las ventanas rotas, exudando soledad, albergaban tiradores fantasmagóricos ocultos en sus sombras danzantes. Cada pozo, cada carreta volcada, cada pila de huesos humanos podría esconder una bestia sanguinaria esperando para atacar. Los lugares propicios para una emboscada enemiga se multiplicaban, ayudados por el tétrico ambiente, lleno de desolación y muerte.

Pero la hilera de vehículos continuó su paso sin incidentes. Los copilo-

tos tenían fijos sus ojos en el radar de los vehículos, recibiendo siempre señales negativas. Los soldados, repartidos por los camiones, agarraban su rifle láser con determinación, y musitaban pequeñas oraciones. Atentos al chasquido de cada piedra. Con los ojos fijos en el vacío. Y el dedo cerca del gatillo.

El viento empezó a soplar con más fuerza, empujando los vehículos hacia donde se dirigían. Las pesadas nubes continuaron persiguiéndoles. La temperatura fue descendiendo mientras la humedad ascendía.

La carretera perdió dos carriles, dejando tan sólo cuatro habilitados. Iniciando la subida repentinamente. Serpenteando en su escalada a la montaña. Los pilotos se sorprendieron al encontrarse el asfalto en buen estado. La zigzagueante ascensión se hizo bastante más rápido de lo previsto.

Una curva. Otra. Otra más. Una interminable sucesión que no les dejaba ver más de unos pocos metros. Hasta que finalmente los cuatro carriles pasaron a ser únicamente dos. Y el Túnel del Trasgo apareció ante ellos.

Una gigantesca boca negra de ferrocemento en la cara rojiza de la montaña. Coronado por un oxidado escudo de Sartos IV en bronce puro. Dando paso a un largo, retorcido y lóbrego túnel del que no se veía luz de salida.

Donde la caravana paró de golpe.

Donde mil muertos les esperaban de pie.

Retribución

La caravana había parado bruscamente. La orden de alto aullada por el sargento Barbon los había detenido en seco. Todos los soldados habían sentido un relámpago recorriendo sus espaldas, y habían agarrado con todavía mayor determinación sus armas láser. Esperando el saludo enemigo. El cual no había llegado.

El sargento liderando la caravana se encontraba tras el bólter pesado en el afuste exterior del Chimera Rojo Uno. Rígido como una estatua. Con los ojos abiertos de par en par, totalmente fijos al frente.

Respirando fuertemente. Intentando mantenerse al lado de la cordura. Porque los había visto. Una multitud de muertos esperándole en la boca del túnel. Vestidos como habían ido hacía tanto tiempo. Juntos en pequeños grupos, en familias o amigos. Cargando sus pertenencias en fardos sobre la espalda. Con carne sobre los huesos.

Con los ojos vacíos y la boca abierta. Congelados en un grito eterno de terror.

Pero la imagen se había desvanecido en la nada tan rápido como había aparecido. El sargento respiró profundamente, mientras el sudor le resbalaba por la cara. Aunque lo acontecido en ése maldito túnel le había marcado profundamente, no era normal que sufriera incluso alucinaciones.

Con un nudo en el estómago, sacó el cuerpo por el hueco del afuste, y saltó desde el Chimera. Sus botas retumbaron sobre el polvo del asfalto, sobre el que no había pasado ningún vehículo en tanto tiempo. Quedándose un instante de pie, mirando fijamente la entrada al lóbrego pasadizo, se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la frente perlada de sudor. Comenzó a avanzar hacia la inquietante oscuridad, haciendo

oídos sordos a las preguntas de sus hombres.

No avanzó más de veinte pasos. Y lo comprendió todo.

El escalofrío le recorrió la espalda como un relámpago. No había sido su imaginación. Los pobres diablos *estaban* allí.

Mirándole con ojos vacíos.

Gritando sin voz.

Las piernas le flaquearon. El latido de su corazón le retumbaba en los oídos. Su propia respiración apagaba el resto de sonidos que le envolvían.

-Santo Emperador. -Dijo.

Vio como la turba de muertos salía corriendo desde la boca del túnel, como una venganza desde la ultratumba. Retrocedió un paso. Los latidos de su corazón se convirtieron en arrítmicos.

Los componentes de la caravana vieron como el sargento Barbon caía al suelo como un fardo.

Después de introducir al inconsciente sargento Barbon nuevamente al chimera Rojo Uno, el sargento Danker tomó las riendas de la situación.

Sabía que su camarada había intentado ayudar a los dos grandes grupos de refugiados que habían confluído en ése punto. Y que había llegado tarde, encontrándose únicamente los despojos de la propia barbarie humana.

Al sargento Danker no le extrañaba que el sargento Barbon lo hubiese tomado de un modo personal. Por muchos defectos que tuviese, siempre relucía su inquebrantable voluntad de hacer lo mejor para todos. Por lo menos, de *intentarlo*. Así que, teniendo ante sí tal panorama, macabro en exceso, su pesadilla había sido multiplicada hasta ser una puñalada en su propia alma. Todo gracias a los mil veces malditos seguidores del Caos. El sargento Danker apretó los puños. Los brazos le temblaban con

ira contenida a duras penas.

El escenario era una de las tantas atrocidades que se había encontrado al combatir contra los Condenados. No habían dejado que los cuerpos hubiesen descansado en paz. Habían sido brutalmente profanados. Los cadáveres habían sido eficientemente empalados cerca de las paredes del túnel, creando un macabro camino de esqueletos podridos. Quizá una burda copia del pasillo custodiado por estatuas de héroes que llevaba al mismísimo Trono Dorado. Añadiendo su propio toque de originalidad, muchos otros desafortunados habían sido colgados del techo, pero los huesos habían cedido finalmente, dejando los restos amontonados en el suelo.

Estrellas de ocho puntas aparecían por el resto de las paredes. Pintadas a grumos, empleando quizá los órganos blandos de las víctimas. O clavando huesos directamente sobre la piedra.

Y una sola leyenda. Tallada en la misma boca del túnel. Tan sólo visible a corta distancia.

“Perros leales. Sentid la pasión del Caos. Recorred el pasillo que lleva a la locura al débil. Recorred el pasillo que lleva al Trono de Cráneos, el único que debe ser venerado.”

El sargento Danker escupió al suelo. Su rostro, plagado de cicatrices, se endureció todavía más. Anduvo unos metros hasta pasar el umbral de esa abertura hacia el mismo infierno. El dintel se elevaba casi una decena de metros sobre su cabeza. El repulsivo hedor era insoportable. Grandes ratas huyeron ante el imprevisto huésped. Haciendo rebotar huesos. Pero el sargento no se inmutó. Miró fijamente al centro, donde la oscuridad era más densa.

Conforme sus ojos se fueron acostumbrando, más cadáveres fueron apareciendo. Y los detalles le fueron envolviendo como un sudario. Las calaveras se mantenían giradas hacia él, con una tétrica sonrisa sin humor. Los huesos, astillados y podridos, eran nido de gruesos gusanos ciegos que se retorcían lentamente, creando un amarillento lecho de podredumbre. Su ira siguió rugiendo en su estómago. Avanzó un paso más.

Y se encontró rodeado por el aura asfixiante de los muertos. Con la mirada fija en la zona más oscura que tenía ante sí. Y comprobó aquello que tantas veces dijeron los ancianos de su tribu. No debía mirar fijamente a la oscuridad. Porque, en el momento menos pensado, vería que le devolvía la mirada.

-¡Hermanos Sartosianos! –Gritó.

La cavernosa extensión retumbó. Las ratas se congelaron. Los gusanos se dejaron de mover. La voz reverberó por todo el pasaje, quizá hasta la salida que no se veía. Al instante se escuchó un murmullo lejano que se fue convirtiendo en un furioso aleteo, y miles de murciélagos atravesaron su posición como almas condenadas. Pero el sargento Danker no retrocedió un paso. Notó cómo los pequeños vampiros le rozaban la cara, o se estrellaban contra su pecho. Insuficiente como para hacer que su moral se resquebrajase.

-¡Hermanos Sartosianos! –Volvió a gritar. Avanzó un paso y notó como un murciélago se había quedado atrapado bajo su bota. Lo aplastó lentamente.

El resto de sus congéneres alados se habían ubicado, después del primer sobresalto, y ya danzaban sobre él. Metros atrás, salían al exterior como una lengua de pura putrefacción, para volver a introducirse en el interior del túnel. Entre el sonido producido por su masivo y nervioso aleteo se escuchaba de vez en cuando el eco de algún otro hueso que se descolgaba de las sogas podridas que llenaban el techo.

-¡Hermanos Sartosianos! –Rugió nuevamente el sargento Danker. Quiso ser el centro de atención de los cadáveres podridos. Quería *sentir* que los muertos volvían sus oscuras cuencas vacías hacia él. Quería demostrarles que todo el dolor que habían padecido se iba convirtiendo en una rabia hirviente. Que le quemaba las entrañas.

-Finalmente hoy descansaréis en paz. Hoy tendréis la tumba que tanto os habéis merecido. Hoy sellaré vuestro destino.

Y se dio media vuelta. Salió de la boca del túnel envuelto en la marea

negra de los pequeños mamíferos, mirando al frente. Se encaminó hacia su chimera, el Azul Uno, con paso decidido. Los soldados lo miraron, y, sin mediar palabra, volvieron a embarcar en sus posiciones. La oleada infecta de murciélagos continuaba su errático danzar, añadiendo su propia pincelada de terror a la escena.

Pero el Azul Uno se puso al frente de la caravana.

Y abrió fuego.

Cuando el sargento Barbon despertó, notó que la caravana estaba parada. Mantuvo un instante la mirada perdida en el techo, y fue recordando lo que había pasado. Maldijo por lo bajo. Emergió de las entrañas del chimera como un furioso vendaval. Y se dio cuenta de que ya habían cruzado el túnel, y se encontraban al otro lado. El viento frío le dio la bienvenida. Las primeras gotas de lluvia empezaban a caer erráticamente.

Evitó cruzar su mirada con nadie. Y se quedó contemplando el paisaje roto que descansaba a sus pies. La orgullosa ciudad de Elayana. Enclavada en el valle formado por todos los picos de alrededor. Una inmensa mancha gris, antaño repleta de góticos edificios, majestuosas estatuas y bellos parques. Ahora un triste amasijo de ruina y muerte. Fábricas de varias plantas yacían quemadas, con los pendones de adoración al Emperador o a las Fuerzas Sartosianas danzando hechos jirones. Algunas paredes se mantenían en pie entre montañas de cascotes, pertenecientes a antiguos albergues y zonas de residencia, agujereadas por la metralla. Todo lo que quedaba a la vista eran afilados restos recortándose contra el cielo, desgarrados, como almas desesperadas buscando la absolución divina.

La carretera que habían estado siguiendo se revelaba como una cicatriz en la parte más oriental de la ciudad. Hasta ascender otra loma, a una treintena de kilómetros desde donde se encontraban. Tan lejos y tan cerca. Justo detrás se hallaba Fuerte Victoria.

Terminó su dolorosa inspección de la capital de Sartos IV. Y tragó saliva. Lo notaba a su espalda. Su propio portal de las pesadillas le esperaba nuevamente. Sabía que se encontraba muy cerca de la boca del Túnel del Trasgo. Tomó aire y apretó los dientes. Se giró. Y volvió a sentir que las piernas le temblaban. Pero se mantuvo firme y comenzó a avanzar. Vio a los soldados trabajando en esta parte del túnel, que se mostraba tan ultrajada como la otra. Comandados férreamente por el sargento Danker, que lanzaba órdenes precisas a viva voz. El sargento Barbon, avanzando lentamente, se sentía incapaz para apartar la mirada de las cuencas vacías de los civiles muertos. No podía evitar que la culpa le desgarrara por dentro.

Cuando llegó a la altura de su camarada, éste se giró hacia él. El sargento Barbon lo conocía desde hacía demasiado tiempo. Desde el momento que el Alto Mando le había asignado al Comando Espada de Fuego. Siendo presentado como un excelente soldado. Denominado “zapador”. Un experto en explosivos y demoliciones. Así que, sin necesidad de hablar con él, supo qué estaba haciendo.

-Lo siento. –Musitó.

-Todos nos encontramos alguna vez con nuestras pesadillas, sargento Barbon. Todos nos hemos encontrado alguna vez...

El sargento Barbon lo recordó. En la batalla de Colgoth, en el “bosque eterno”. Una escaramuza totalmente suicida. Un reto vital de resistencia física y mental de los soldados. La única vía de escape ante una masacre segura. De los dieciocho Comandos que habían compuesto la Fuerza de Ataque Táctica Especial, tan sólo cuatro habían vuelto a la base. Entre ellos, el Espada de Fuego había sido el único sin registrar bajas. Aunque el soldado Danker había perdido la consciencia y casi toda la cara en el proceso. Había sido cargado por el soldado de artillería del Comando: un testarudo llamado Julius Garreth.

Los hombres terminaron su trabajo, llegando con una mecha trenzada a los pies de los sargentos. El último soldado utilizó unas pequeñas agarraderas metálicas que se empleaban para asegurar los bidones extra

de combustible, la mayoría ya vacíos, para fijarle un plástico por encima, evitando que se mojara por la llovizna que iba ganando fuerza poco a poco.

-Ahora debe terminar éste trabajo, sargento Barbon. –Musitó el sargento Danker.

El sargento Thomas Barbon miró el extremo de la mecha. Estaban a más de una veintena de metros de la boca del túnel. Todos los hombres se habían replegado.

-Es inseguro para la caravana, sargento Danker. –Respondió.

-En absoluto. Nos quedaba suficiente mecha como para llegar al centro del túnel. Allí hemos apilado combustible sobrante y los pocos explosivos de que disponíamos.

El sargento Barbon continuó mirando la boca negra del túnel, donde se entreveían los primeros cadáveres ensartados.

-¿Está seguro que se desplomará?

El sargento Danker negó con la cabeza.

-No. Pero, aunque no lo haga la onda de fuego calcinará los restos. –Su rostro parecía esculpido en piedra. –Estamos demasiado cerca del objetivo. Aunque me gustaría, no disponemos de tiempo para sepultarlos a todos apropiadamente...

-Porque hay miles de ellos. –Terminó la frase el Sargento Barbon sombríamente.

El sargento Danker tomó aire lentamente. No respondió. Aunque eso fue suficiente para corroborar la frase de su camarada.

El sargento Barbon avanzó unos pasos. Convirtiéndose en el hombre más cercano a la oscura entrada. Y desenfundó su pistola láser.

-Quiero una moto. –Dijo sin volverse.

La caravana empezó a bajar la suave pendiente consumiendo las pocas horas que le quedaban de viaje. En la formación habitual. Por el centro de los dos carriles, que se convertían nuevamente en cuatro más adelante. La carretera volvía a estar bacheada y con zonas donde el asfalto se mostraba totalmente descuartizado. En los lugares que grandes proyectiles explosivos habían detonado.

Dejaron atrás una figura solitaria, sentada a horcajadas sobre una moto. Mirando al cielo y con una pistola sobre el pecho.

El sargento Barbon estuvo perdido en sus pensamientos, mientras seguía el gris contorno de las densas nubes. Escuchando cómo se alejaba la caravana. Pasados unos instantes, bajó la mirada y vio que estaban a una distancia apropiada. Arrancó su vehículo. Con gesto entristecido, se giró hacia la mecha y desenfundó su pistola láser.

-No os pude proteger por primera vez cuando estabais vivos. -La voz le tembló. Tragó saliva y continuó. -Tampoco os pude salvar del ultraje cuando ya habíais muerto.

Volvió a levantar la mirada. Las nubes ya empezaban a tomar la ciudad muerta. Como un húmedo sudario. Finalmente, se atrevió a mirar a las oscuras profundidades del túnel.

Allí *estaban* nuevamente. Un millar de civiles. Mirándole con ojos tristes. Pero esta vez sin gritar. Quizá con una pizca de ansiedad. Deseando el descanso tanto tiempo negado.

-Hoy os pido vuestro perdón. Hoy será el único día que haré algo por vosotros. -Dijo mientras las lágrimas caían por su rostro.

Sabía que no eran reales. Se lo estaba imaginando todo. No los había visto vestidos, no había conocido a ninguno de ellos. Tan sólo había llegado cuando habían sido carne muerta, desgarradas tragedias. No sabía qué atuendos habían llevado los campesinos, o los ciudadanos.

Así que todo debía ser una alucinación. Con la mirada borrosa por las lágrimas, podía ver rostros. Podía ver diferentes alturas entre ellos, hombres y viejos, mujeres y niños. Aperos de labranza utilizados como armas. Improvisadas carretillas conteniendo pertenencias. Dos mil ojos desconsolados clavados en él. Y quizá el atisbo de alguna sonrisa.

¿Estaban dándole las gracias?

-Perdonadme.

Disparó a la mecha.

Comunicación

El sargento Danker asomaba medio cuerpo fuera de su vehículo blindado, por la torreta. Miraba hacia atrás. La fina cortina de agua que levantaban las orugas de su transporte apenas le molestaban en la visión. Así que pudo distinguir el momentáneo rayo rojizo del arma láser del sargento Barbon, y cómo este se lanzaba con la moto hacia ellos.

No podía asegurar que la estructura del paso se derrumbaría. Pero *sentía* que lo haría. Había jugado algunas cartas esenciales. Había castigado con el cañón de asalto de su vehículo -una poderosa arma regalada por el Capítulo de Adeptus Astartes Puños Carmesí- el techo del túnel por el centro, donde estaban los elementos clave de sujeción.

Además que algunas sogas del techo habían servido para agarrar los explosivos más eficaces.

Sonrió tensamente cuando el potente estruendo hizo temblar todo el pico. Una brutal lengua de fuego anaranjado brotó lanzando gruesos escombros por la boca del túnel. Los cuales cayeron envueltos por una amplia lluvia de pavesas danzantes, pequeños restos volátiles que se deslizaban con la tranquilidad de la expiación de los últimos pecados. El fuego lamió toda la cara de la cima, e hizo volar el pesado escudo de bronce de las Fuerzas de Defensa Planetarias Sartosianas que había fijado a su entrada casi una veintena de metros.

El sargento Danker comprobó que su camarada, a suficiente distancia, desaceleraba su frenética huída y se giraba hacia el espectáculo. El escudo de bronce caía a una decena de metros de él, con un potente estremecimiento metálico. Los escombros, auténticos proyectiles incendiarios, llovían salvajemente. Pero el sargento Danker comprobó que

su camarada ignoraba el peligro. Mientras ambos hacían el mismo gesto una y otra vez. El símbolo del águila imperial.

Despidiéndose de aquellos que no habían podido proteger.

Rodeando la oscura nube contaminada en la que se había convertido todo el paso, empezaron a emerger pequeñas cascadas de polvo de piedra volatilizado. Acompañando el sordo retumbar con el que el túnel empezaba a colapsarse. Grandes grietas comenzaron su vertiginoso ascenso hacia la cima, rasgando la roca viva. El movimiento de la tierra empezó a dejar caer toneladas de cascotes, destruyendo la estructura y hundiendo el túnel. Enterrando en su proceso los restos calcinados del desafortunado grupo de cadáveres civiles. Toda la vegetación, arbustos, matorrales, incluso árboles, se desgarraban en el proceso, arrastrados inevitablemente por la gravedad.

La ola de polvo resultante lo cubrió todo. Ocultando su destructiva obra. Aunque sin poder evitar manifestar que el paso del Túnel del Trago había desaparecido para siempre. Enterrando, bajo varias toneladas de roca, los intensos sentimientos que habían brotado en su seno.

El sargento Danker vio como su camarada volvía la moto hacia ellos y continuaba su persecución, recortándoles rápidamente distancia. Esquivando los humeantes restos que estaban dispersos en el asfalto como una exhalación.

Suspiró y, dejando la visión de la destrucción a su espalda, se giró hacia delante. Levantó la mirada y la paseó por encima de la ciudad destruida. Las nubes empezaban a invadirla, precedidas por su pegajosa neblina. Descargando la lluvia tan habitual en el planeta.

Todavía quedaba mucho día. Seguramente el Comandante Julius Garreth ya se había levantado, y, después de finalizar su rutina de afeitado diaria, se había dirigido a la caverna civil B74, a contemplar los desoladores ventanales. Aquellos de los que nunca se alejaba *ella*.

En unas pocas horas llegarían a casa. Anoche Gabriel había despertado. Hoy habían cruzado el último paso complicado. Y estaban en Zona Blanca.

La moto conducida por el Sargento Barbon pasó vertiginosamente por el lado de su vehículo. Cuando llegó al frente de la caravana, al lado del Chimera Rojo Uno, el vehículo blindado se hizo a un lado y se detuvo, junto con el camión Rojo Dos.

La caravana rebasó a los dos vehículos parados, momentáneamente dirigida por el camión Rojo Tres. Los soldados de Gabriel desembarcaron y comenzaron la operación de anclaje de la moto. El sargento Barbon se giró hacia el vehículo del Sargento Danker cuando éste pasaba. Con el rostro ennegrecido. Y con la mirada repleta de determinación. Y le hizo unos gestos concisos con la mano.

El sargento Danker asintió. Tal y como habían hablado con Gabriel, era el momento.

Los dos vehículos parados tardaron unos diez minutos en completar su tarea. Y casi otros diez en volver a ponerse al frente de la caravana.

El sargento Danker agarró entonces sus prismáticos. Vio cómo el sargento Barbon aparecía por la torreta del chimera Rojo Uno con diversas antenas metálicas. Distinguió cómo su camarada las extendía y conectaba, orientando a ojo los dispositivos. Fue mudo testigo de alguna imprecación de su camarada, y alguna pelea con algún sistema de sujeción, lo cual le arrancó una sonrisa.

Indiferente ante el proceso de comunicación, la caravana continuaba su lento descenso de la loma, para introducirse en el valle. Llegando al nivel de la ciudad de Elayana.

Finalmente, notando que la llovizna empezaba a arreciar, el sargento Danker bajó los prismáticos y se quedó mirando al cielo encapotado. Pasado un momento, se introdujo en su propio Chimera y cerró la escotilla. Se sentó en silencio junto a sus hombres y descolgó el comunicador.

Esperaría noticias.

El sargento Barbon supuso que todo estaba correctamente conectado. En el interior del chimera, se ubicó frente al sistema de comunicaciones que estaba fijado a un lateral, medio enterrado por el resto del valioso contenido. Y comenzó a repasar las frecuencias que aparecían en el cuaderno de Gabriel. Torpemente, fue girando controles y fijándose una y otra vez en lo que marcaban las pequeñas agujas. Intercalando alguna maldición que otra, se dio finalmente por satisfecho. Se pasó un pañuelo por la frente, quitándose el sudor y un buen puñado de tizne y encendió el dispositivo. Esperó hasta que las antenas se reordenaron, mientras una parrilla de luces tomaba el tono verde. Una vez estuvo todo operativo, agarró el comunicador y apretó un botón.

- Aquí Sargento Thomas Barbon al habla ¿me recibe, Fuerte Victoria? Comunicamos desde la caravana. Estamos en Zona Blanca.

Nada más que estática le respondió.

- Aquí Sargento Thomas Barbon al habla ¿me recibe, Fuerte Victoria? Comunicamos desde la caravana. Estamos en Zona Blanca.

Repitió el mensaje más y más veces. Nadie le contestó. ¿Acaso estaba haciendo algo mal? Se concentró en los datos del cuaderno de Gabriel, mientras revisaba los controles del sistema de comunicación. Maldición. Nunca se le habían dado bien esos cacharros.

Continuó pasando por las frecuencias ordenadas en la primera hoja. Blasfemando nuevamente, pasó a la siguiente página. Echó un vistazo al nuevo listado de frecuencias con desesperación. Sorprendentemente, encontró un pequeño mensaje garabateado al final. Vaya, Gabriel había sido previsor. Se había preocupado en dejar una escueta indicación. Quizá para asegurar la comunicación con el Fuerte si él caía. No estaba nada mal el detalle.

“La recepción de canales cambia constantemente según el Decreto Sartosiano de Comunicación en Puntos de Defensa. Para establecer comunicación, hay que realizar una emisión continua de al menos diez minutos en cada frecuencia. Los diversos Puntos de Defensa de la Zona Blanca tienen canales específicos, aunque Fuerte Victoria los aglutina todos.”

El sargento Barbon releyó el mensaje varias veces. Tampoco le valía de mucho, pensó con amargura. Lo único que entendía es que no tenía que saltar tan alegremente de una frecuencia a otra. Y seguía sintiendo que no las tenía todas consigo. Lo más lógico sería el establecer comunicación con el sargento Danker para detener la caravana y poder hablar con Gabriel, para pedirle consejo. Pero no lo podía hacer. Estaban a punto de llegar a su objetivo, y durante el día de hoy ya había mostrado demasiada debilidad.

No podía permitírselo. Aunque sabía que tan sólo era su orgullo, no podía herirlo más.

Así que no lo haría. Configuró la primera frecuencia de la segunda página y se dispuso a mantener la emisión durante los diez minutos reglamentarios. O quizá sólo ocho, así terminaría más rápido.

- Aquí Sargento Thomas Barbon al habla ¿me recibe, Fuerte Victoria? Comunicamos desde la caravana. Estamos en Zona Blanca.

Repitió el mensaje. Una vez. Y otra. Y otra más.

Y obtuvo contestación.

El Paladín del Caos Lord Adenis Ministrál se encontraba en sus aposentos del Puesto de Defensa de Elayana. Su amplia habitación circular era exacta a la de su camarada Lord Sigmund Leech. Incluso disponiendo de un potente sistema de comunicaciones fijo en la pared. Pero con las notables diferencias que no tenía ningún tipo de altar, pero sí mesas llenas de mapas e información, además de otros elementos estratégicos saqueados del Punto de Defensa.

El comandante caótico vestía una servoarmadura negra, sutilmente profanada. Los regalos del Caos podían ser muy variados, pero bajo la adoración al Maestro de la Fortuna se volvían todavía más imprevisibles. Aunque había pertenecido a un orgulloso Capítulo de Primera

Fundación, las diferencias físicas con sus antiguos hermanos eran más que visibles. Su rostro era enigmáticamente bello, con unos brillantes ojos azules. Su pelo rubio, largo y bien cuidado, caía en cascada sobre sus hombros.

Se encontraba de pie, mesándose el mentón con una mano, mientras hacía danzar la otra elegantemente, sobrevolando un mapa que contenía miniaturas de tropas. Las negras eran las suyas. Las blancas las de Lord Sigmund. Sus labios se movían cuidadosamente, sin emitir ningún sonido. Conjuntaban una exquisita estampa de concentración.

Un acólito perteneciente al Círculo Interno se encontraba con él. Vestía una túnica caqui bordada con hilo de oro. Se le conocía tan sólo por su número. Tres. Correspondía al mostrado en la espalda de su túnica, y tatuado con láser en su frente, sus mejillas y los reverses de sus manos. Debido a la excentricidad del Señor del Caos, la creación del Círculo había sido necesaria. Los miembros, desconocidos entre ellos, se encargaban de tareas diferentes. Y no podían compartir información entre ellos, bajo ningún concepto.

Completaban las fuerzas de la sala cuatro estoicos Adeptus Astartes renegados, con sus armas cargadas y amartilladas. Con las armaduras del mismo tipo que su señor. Mirando al frente. Los poderosos guardaespaldas personales del Paladín del Caos.

-Hemos confirmado que son veinte unidades tácticas, Señor. Dos escuadras completas. Perros falderos del Emperador Cadáver en nuestros dominios. Nada más y nada menos que Ángeles Sangrientos. Esos estúpidos han desplegado en cápsulas. Una de sus Cañoneras Thunderhawk está recorriendo un perímetro de seguridad. Otra ha depositado algo a una distancia equitativa de ambas escuadras, y se ha retirado verticalmente. Suponemos que su nave de mando se encuentra estacionada sobre Elayana. Cuando dispongamos de energía suficiente, mandaremos una señal desde nuestro radar para confirmarlo.

Lord Adenis ralentizó el movimiento de su mano ociosa. Señaló con dulzura un par de puntos en el mapa y entrecerró los ojos. Seleccionó

dos toscas miniaturas de color rojo, con una forma parecida a la humana, y las colocó en el mapa. Acto seguido, con movimientos calculados, trazó una línea imaginaria entre ellas y plantó una pequeña piedra en el centro. Luego eligió un tanque rojo, y otro verde. Y los ubicó en otros puntos. Dio un paso atrás, contemplando su obra. Y volvió a su relajada rutina de pensamiento.

El acólito miró el mapa. La representación de las tropas enemigas y la Thunderhawk era relativamente apropiada. Pero quedaba algo que no identificaba.

-Disculpe Señor, pero ¿qué representa el tanque verde?

El paladín del caos desvió la mirada hacia su acompañante. Sonrió con dulzura.

-Si te lo dijera, tendría que matarte. ¿Quieres saberlo? -Su voz era suave y calmada.

El acólito negó con la cabeza, dándose cuenta de su error. El sonido imperceptible de cuatro dedos blindados acercándose al gatillo del búmer le atenazó la garganta. Mantuvo la tranquilidad a duras penas.

-Perfecto entonces. -El Adeptus Astartes volvió su mirada al mapa. Avanzó un paso y movió ciertas figuras negras con elegancia. Su voz era pausada. -Una escuadra con armamento pesado especial llegará a este edificio. Utilizará los sistemas de campo fantasma que encontramos en esta instalación. No será detectada por los sensores de la ThunderHawk. Y la abatirán a mi orden.

-Como deseéis, Señor. Enviaré la orden de modo inmediato. Con vuestro permiso. -Dijo el acólito, llamado Tres. Se había acostumbrado a las órdenes de Lord Adenis Ministral. Así que no le extrañaba el que nunca utilizara palabras como "intentar", "probar" o "poder". Tan sólo se limitaba a relatar aquello que se iba a *cumplir* indudablemente. Sin dar la mínima opción al fracaso.

Antes de moverse del sitio, a media reverencia, se dio cuenta que su señor había interrumpido su movimiento, y miraba fijamente la puerta de su estancia. No le costó percatarse que los otros cuatro marines también

estaban atentos. Se puso a la defensiva. No necesitaba ninguna prueba de la fiabilidad de los sentidos ampliados de los Adeptus Astartes.

Escuchó un golpe en la puerta, y esta se abrió como un vendaval. Entró otro acólito, vestido igual que él. También pertenecería al Círculo Interno. No le podía ver el número de la espalda.

-Lord Adenis Ministral, disculpe la intromisión. Esto es una emergencia. -El recién llegado se apoyó en sus rodillas, recuperando el aliento mientras farfullaba. Tres se fijó en sus manos. Era Cinco. -Los hombres de Lord Sigmund Leech han recibido una señal del convoy sartosiano que se dirige a Fuerte Victoria. Han hablado con ellos. Hemos podido rescatar la conversación. Le estamos pasando la señal directamente aquí, Señor, para que pueda dirigir nuestros pasos ...

Lord Adenis miró a los monitores de la pared. Uno de ellos titiló y se encendió. Preparado para mostrar su contenido.

El acólito llamado Tres relacionó la información instantáneamente. El tanque verde, a un extremo del mapa de la ciudad, representaba la caravana enemiga. Ésa era la información por la que casi había perdido su vida. Se sobresaltó.

Ahora ya lo *sabía*. Estaba seguro que Lord Adenis también se había percatado. Tuvo que reprimir una arcada al percibir como los guardaespaldas acorazados en la sala tenían el dedo calado en sus armas. Esperaban una señal. Su Señor nunca olvidaba una orden. Y menos aún una *amenaza*. Así que sabía que estaba muerto. Por culpa del otro estúpido.

-Gracias por la información. Ahora descansa. -Le dijo suavemente el Paladín del Caos al recién llegado, que todavía intentaba regular su respiración. Éste, sin notar el temblor que sacudía a Tres de cabeza a los pies, farfulló un "gracias, señor". Acto seguido Lord Adenis Ministral le vació un cargador de pistola bólter.

El cuerpo de Cinco salió disparado contra la pared al primer impacto. Las siguientes balas lo convirtieron en carne triturada, haciendo que cayera al suelo como un amasijo de tela y vísceras. El Paladín del Caos se mantuvo durante un instante con el poderoso brazo acorazado ex-

tendido y el arma humeante. Finalmente la dejó cuidadosamente, como temiendo el rayarla, sobre una parte acolchada de la mesa.

-La falta de protocolo se puede perdonar si la información es importante. Como era el caso. -Lord Adenis se mesó la larga cabellera rubia. Giró su cabeza hacia el acólito denominado como Tres, que se mantenía aterrorizado a su lado. Le dejó caer el guante acorazado con fuerza sobre el hombro. El cuello del tembloroso hombre cabía prácticamente entre sus dedos pulgar e índice. Con un poco de presión, lo acercó a su cara. -Pero no debemos entrar en una sala gritando aquello que sabemos, ¿verdad? La información puede causar mucho dolor si cae en las manos equivocadas ...

El acólito miraba los ojos intensamente azules de su interlocutor. Apenas podía respirar. Sabía que con tan sólo leve movimiento le podía partir el cuello. Pero no podía dejarse llevar por el pánico. Tenía los brazos agarrotados, ejecutando todo su autocontrol para no intentar zafarse de la presa de su Señor. *Sabía* que sería una muerte segura mostrar el mínimo gesto de resistencia.

- ... incluso puede desencadenar desagradables procesos, que algunas veces, desgraciadamente, acaban en muertes ...

El acólito temblaba de pies a cabeza. Su mandíbula golpeaba contra el dedo blindado de su Señor, rítmicamente. Pero no lo podía evitar. Estaba hipnotizado por la intensa mirada. Estaba perdido dentro del trastornado color azul de los ojos ante sí.

- ... pero te he dado una orden que vas a cumplir. Mis hombres *siempre* cumplen mis órdenes, ¿verdad?

El acólito balbuceó. El Astartes le soltó lentamente, mientras le mostraba una beatífica sonrisa.

-Así que cumple tu cometido. Ten cuidado. -Le dijo suavemente.

El acólito soltó una retahíla de agradecimientos y frases de despedida mientras abandonaba la sala, evitando de un modo consciente mirar donde se encontraba la masa sanguinolenta que había sido un hombre hacía unos instantes. Cerró la puerta al salir.

Y Lord Adenis se dirigió al monitor. Tocó unas runas. El sonido reverberó por la sala. Escuchó la grabación varias veces, y volvió sonriente a su mesa. Se quedó mirando el mapa, mientras movía los labios en silencio. Fue maquinando, paso a paso, su plan para conseguir aquello que le aseguraría la victoria. Le maravillaba el cómo el Destino se lo había puesto en bandeja. Y sabía que Lord Sigmund no le daría la importancia que tenía. Movi6 las tropas blancas. Hacia los controles del Decatium Defendum. Hacia la posición de los ngeles Sangrientos. Y hacia la caravana.

Despu6 reparti6 las figuras negras. Coloc6 unas pocas por la zona donde deberá caer la ThunderHawk. Y únicamente a cuatro al lado de la caravana.

Se qued6 mirando el mapa embelesado, mientras sent el poder de mover los hilos. Mientras sent en su est6mago la incomparable sensaci6n de la anticipaci6n al combate. Con una sonrisa, agarr6 dieciocho figuras más, de color carmesí, y las fue colocando donde estarían los perros leales.

Ahora estaba todo listo.

Levant6 la mirada y la pase6 por sus guardaespaldas. Los cuatro Adeptus Astartes eran los únicos supervivientes de su antigua escuadra que le habían acompañado en su Caída. Todos los demás habían sido ejecutados por su propia mano. Así que eran los únicos ante los cuales no escondía ning6n plan.

-No espero visitas en un buen rato. Pod6is descansar si quer6is. -Les dijo con una sonrisa.

Pero los marines no le contestaron. Continuaron con su mirada al frente, sosteniendo los b6lter profanados con determinaci6n y el dedo calado en el gatillo.

-De verdad. Más que mis camaradas, sois mis amigos. Tomad asiento si así lo deseis. -Insisti6 suavemente el Paladín.

Los marines no se movieron ni un ápice. Y se mantuvieron en silencio. Era l6gico. No podían hablar. No había nada dentro de esas servoarma-

dura más que polvo y un alma atormentada. sa había sido su recompensa por su fidelidad. Lord Adenis Ministral empez6 a reír, tranquilamente...

... hasta que sus carcajadas desequilibradas rebotaron por toda la sala.

Epílogo

La caravana continuó progresando durante una hora.

En el interior del Chimera Azul Uno tan sólo se escuchaba el ronco sonido del motor y continuo susurro de las orugas avanzando por el asfalto. Por las seis aberturas de agarre de los rifles láser se colaban unos chorros rectangulares de luz mortecina. Pequeñas partículas de polvo danzaban sobre el contraste, empujadas por la respiración de los soldados. Cinco hombres, que permanecían en silencio. Cuatro de ellos con las armas sobre los muslos. Un dedo preparado para quitar el seguro. Otro cerca del gatillo.

El último de ellos, moreno de piel, con la cabeza repleta de profundas cicatrices, tenía el arma enfundada. Mantenía un aparato fuertemente agarrado con las manos. Su mirada estaba fija en la pared blindada del transporte. Su rostro era una auténtica máscara de tensión.

El sargento Danker esperaba noticias. En su cabeza bullían las posibilidades, añadiéndole cada vez más intranquilidad. Los segundos pasaban lentamente. En su interior, rezaba porque el sargento Barbon abriera de una maldita vez la comunicación. Y que el mensaje fuese el que él esperaba.

No le era común sentir tal ansiedad. Pero los pensamientos le bombardeaban constantemente, haciéndole divagar y aumentando su preocupación. Hacía varios meses que habían partido. El Fuerte podría haber sido asaltado. Y podría haber *resistido*. O haber sido *tomado*. Al sargento Danker nunca le había gustado la incertidumbre. Anhelaba que el pequeño aparato manoseado que tenía agarrado le confirmara que había un lugar a donde *volver*.

Sus hombres se mantenían en silencio. El resto de los soldados, de la escuadra Roja y Amarilla, comandados por Gabriel y el sargento Barbon respectivamente se encontraban repartidos entre los seis camiones, cuidando de los civiles. No dejando así ningún punto de la caravana sin una mínima protección.

En cambio, toda la escuadra Azul estaba con él. Aunque habían sufrido graves bajas, continuaban siendo el bloque de ataque/defensa más preparado de la Caravana. La definición que le había dado Julius Garreth antes de partir era más que adecuada.

Seréis la primera línea de ataque. Y la primera línea de defensa.

Cuando habían salido de Fuerte Victoria, la escuadra había sido un puñado de jóvenes soldados, inexpertos e ignorantes de los horrores reales del combate. Casacas rojas todos y cada uno de ellos. Ahora volvían como auténticos veteranos. Con cicatrices en sus cuerpos y sus espíritus. No había sido fácil. Habían tenido que matar enemigos. Habían tenido que ejecutar civiles. Habían tenido que sobrevivir en el combate real. Gracias a todo eso, habían endurecido su alma y sacrificado su inocencia. Requisitos necesarios para poder convertirse irreversiblemente en perros de la guerra.

Desvió la mirada milimétricamente. Y se fijó en ellos. Contempló los ojos de los soldados que seguían sus pasos y cumplían sus órdenes. Se detuvo profundamente en ellos. Desvelando feroces miradas repletas de determinación. Y una pizca de orgullo. Aunque seguían siendo jóvenes de edad, habían madurado al curtirse en el fuego de la batalla. Como todos los integrantes de la caravana.

Uno de ellos reparó en el examen de su sargento, y se volvió hacia él durante unos instantes. A la espera de órdenes. No recibió ninguna y volvió a concentrarse en la nada.

Feroces miradas repletas de determinación. Y una pizca de orgullo.

Seis bajas. Tan sólo restaban cuatro supervivientes. No era una gran fuerza de combate, y menos aún contando con la peligrosidad de la zona que estaban atravesando. Pero el sargento Danker se sentía satisfe-

cho estando a su mando.

Opinaba que no eran amigos. Al menos en el sentido estricto de la palabra. Sabía poco más que sus nombres. No conocía nada de su pasado, sus gustos, sus expectativas. Tan solo eran hermanos. Hermanos de armas, hermanos de batalla, hermanos de sangre.

Rebajó un ápice su tensión. ¿Cuándo había sido la última vez que se había sentido entre hermanos? La memoria le situó como una exhalación en un punto en concreto. Tan sólo entonces. Tan sólo durante aquél espacio de tiempo. Cuando había tomado al Comando Espada de Fuego como su propio hogar.

¿Cuántos quedaban vivos de aquel orgulloso equipo? De los dos desaparecidos, habían abatido a uno hacía tan sólo unos cuantos días. Y el otro todavía estaría vagando por universo, cada día iluminado por una estrella diferente, de guerra en guerra, defendiendo férreamente su creencia en el Emperador y alimentando su ambición y poder. Así que, supuestamente, había cinco supervivientes. Y en la superficie de Sartos IV se encontraban cuatro de ellos. Sonrió quedamente. El mismo número que los componentes actuales de la Escuadra Azul.

La asociación surgió espontáneamente. ¿Quién sería quién? Buscó rasgos en ellos, pero sabía que sería difícil. Además que entre ellos sus cometidos eran iguales. En cambio, en su antiguo Comando, cada soldado disponía de ciertas tareas específicas. Continuó rememorando, y asintió imperceptiblemente al darse cuenta de otro detalle insalvable. Uno de sus antiguos camaradas había sido una mujer.

Gracias a la cual habían podido sobrevivir. La mejor líder que había tenido ningún Comando.

Ella ...

Aún tenso, el sargento Danker se removió incómodo en el asiento. Los hombres continuaban atentos, con la mirada perdida.

... ¿La había amado? ¿O tan sólo había sentido tal cantidad de admiración que lo había confundido con amor? ¿Por qué no había llenado de odio su corazón el verla en brazos de otro hombre?...

-¡Sargento, el Chimera Rojo Uno se está escorando. Se ha salido de la carretera y está desacelerando! –Gritó el conductor por un altavoz sujeto al techo del vehículo.

Con un movimiento eléctrico, el sargento Danker se puso en pie. Se colgó el comunicador en el cinturón y desfundó su pistola láser. Una media sonrisa surcó su cara deformada antes de hablar.

-Hermanos, salgamos fuera. Aunque probablemente será alguna idea peregrina del sargento Barbon, aseguraremos la zona. Somos la Escuadra Azul. Somos la primera línea de ataque. Somos la primera línea de defensa. ¡Detenga el vehículo, piloto!

Los hombres detrás del sargento calaron sus armas. El zumbido de carga y adecuación de energía de los rifles láser reverberó levemente. Cuatro chasquidos revelaron que los seguros habían sido pulsados. Los hombres estaban listos. Su respiración lo decía.

Después de tanto tiempo, el sargento Danker lo sintió. Sus hombres estaban totalmente con él. Lo seguirían hasta la muerte, de ser preciso. Así que, con un escalofrío contenido, entendió algo que le había sido esquivo mucho tiempo. No le hacía falta llegar a Fuerte Victoria. Ya estaba en casa. Se sentía rodeado de hermanos. Y eso era suficiente para completarlo. Su vida era la guerra. Y continuaría siéndolo hasta la muerte.

Ya estaba en casa.

El portón blindado cayó mientras el vehículo desaceleraba. La escuadra Azul salió al exterior como un solo hombre.

La caravana continuaba su avance a velocidad constante. Con la formación que había seguido desde el inicio de su viaje. Liderada por el Chimera Rojo Uno, al que seguían los camiones Rojo Dos, Rojo Tres y Amarillo Dos. Tras éste último transporte de civiles venía el Chimera

Amarillo Uno, seguido de los camiones Amarillo Tres, Azul Dos y Azul Tres. Cerraba la marcha el Chimera Azul Uno.

La hilera de vehículos estaba ya a la altura de la capital planetaria. Edificaciones arrasadas, hundidas entre escombros, retorcidas y desoladas eran testigos silenciosos de su avance. El aire enrarecido que cabalgaba impunemente por la ciudad hacía danzar el polvo muerto, que salía como putrefactas bocanadas por las aberturas de los edificios derruidos.

La vista se disimuló cuando la carretera llegó a una pequeña garganta. La loma tallada, de escasamente una decena de metros de altura, con su pared llena de largos cortes, se encontraba prácticamente envuelta en tela metálica oxidada, puesta en un principio para evitar desprendimientos sobre el asfalto. La falta de mantenimiento la había rasgado en algunos puntos, y pequeños aludes de tierra y roca habían inundado parcialmente la carretera.

La vista de la afilada sucesión de rocas continuaba durante un par de kilómetros. Tapando la deprimente visión de la ciudad muerta. Escondiendo el gigantesco sepulcro profanado tras de sí.

Contrastando de un modo impactante, al lado derecho la vista cambiaba. Se encontraba un pequeño descampado, repleto de matorrales salvajes, donde permanecían algunos árboles dispersos. Naturaleza exuberante y viva se mecía bajo el viento cada vez más persistente.

El Chimera Rojo Uno desaceleró lentamente. Con la determinación de un carro blindado, se salió del asfalto y se introdujo en la zona verde. Arrasó los matorrales a su paso, revolviendo la tierra y dejando profundos surcos en el barro. Cuando se había desviado de la carretera menos de una decena de metros se detuvo. Al lado de un árbol que se mecía al compás del viento.

El resto de la caravana, tras un momento de duda, lo imitó.

Pasando unos escasos segundos, el portón del Chimera Rojo Uno cayó a plomo al suelo. El sargento Barbon desembarcó del vehículo a toda prisa. Las hierbas salvajes le llegaban a la pantorrilla, así que avanzó medio corriendo medio tropezando hacia el Chimera Amarillo Uno,

donde descansaba Gabriel.

A medio camino el rollizo sargento vio como desde el Azul Uno surgían los hombres del sargento Danker, tomando posiciones de defensa rápidamente. Le sorprendió la fuerte sensación de agresividad que emanaba de la escuadra. Pero la ignoró. Quizá en otra circunstancia, aun a sabiendas de que sería hasta *peligroso*, se habría reído ante la esperada reacción de su camarada.

Sin resuello, pero sin rebajar el ritmo de su irregular carrera, hizo varios gestos con los brazos al sargento Danker, hasta que captó su atención.

Indicándole que no había peligro.

Pidiéndole que viniera él solo al Amarillo Uno.

Sabía que quedaban tan sólo un par de horas de viaje para llegar a Fuerte Victoria.

Pero la información de la que disponía era de importancia máxima.

Los tres hombres estaban en la parte trasera del Chimera Amarillo Uno. El portón blindado estaba en el suelo.

Uno de ellos se encontraba sentado en el interior del vehículo, mientras una chica le ayudaba a mantenerse erguido. Otro se mantenía de pie, con los brazos cruzados. Y el tercero trotaba nerviosamente de un punto a otro, haciendo aspavientos con los brazos.

-Tranquílcese, sargento Barbon. -Dijo Gabriel con un hilo de voz. Había mejorado levemente desde la noche anterior. Aunque todavía mantenía su ojo izquierdo tapado, y el derecho inyectado en sangre, su fiebre había bajado. Además, llevaba puesta la cazadora reforzada que había portado cuando había sido abatido encima de los vendajes. Vestía los pantalones de campaña y calzaba las botas reglamentarias.

Pero el rollizo sargento no atendía a razones de ningún tipo. Estaba

pletórico. Danzaba de un lado para otro frenéticamente. Sudaba copiosamente. Temblaba mientras las palabras se atropellaban en su boca.

-¿Pero acaso no lo entendéis? ¡Julius lo ha vuelto a conseguir! ¡Han asegurado el Punto de Defensa de Elayana! Ahora tenemos incluso el *Decatium Defendum* a nuestro favor. ¡Las Fuerzas de Defensa Sartosianas estamos renaciendo! Estamos reconquistando nuestra tierra, por el Emperador...

La llovizna se iba convirtiendo en lluvia. El cielo se rasgó con un grandioso relámpago. Tronó con furia. El sargento Danker, con los brazos cruzados sobre el pecho, levantó la vista al cielo. Se había dejado el chubasquero en el Chimera.

-Este es el punto de inflexión. -Gritó el sargento Barbon. Los ojos alcados le bailaban en sus cuencas. Sus manos eran tensas garras, clamando al cielo. -A partir de ahora, empezaremos a avanzar. ¡Erradicaremos a esos bastardos seguidores de los Poderes Ruinosos! ¡Nuestra será la victoria final!

Quizá se estaba limpiando el escenario.

-¿Pero cómo podemos saber que la información es verídica, sargento? -Preguntó Gabriel, agitando una mano. El sargento Danker, todavía mirando al cielo, asintió.

Los acontecimientos se desarrollaban inevitablemente.

-¡Porque la jodida comunicación ha llegado desde allí, Gabriel! ¡Desde el Punto de Defensa que nos fue arrebatado hace tanto tiempo! ¡No se puede enviar desde ningún otro sitio! Y me han dado datos vitales de la caravana ¡datos que nadie más conoce! - Rugió el sargento Barbon.

Pronto se llenaría de sangre.

El continuo tronar que siguió a sus palabras hizo que el sargento Danker frunciera el ceño mientras escudriñaba el cielo encapotado. Aunque llevaba muchos años viviendo en ese planeta, no estaba acostumbrado a la variante e inclemente climatología.

-Eso ha sido un trueno en condiciones. Jamás había escuchado nada

igual. –Dijo para sí. Nunca había sentido que la tormenta rugiese de un modo tan continuo y amenazador.

Bajó la mirada hacia los otros dos hombres. El poderoso retumbar no bajaba de intensidad. Cuando se encontró con sus rostros, un frío terror le caló hasta los huesos. La mirada de sus camaradas estaba perdida por encima de su cabeza. Sus caras mostraban pánico y alarma en partes iguales.

Se dio la vuelta rápidamente.

Y vio como una mole metálica se les acercaba a una velocidad imposible.

La Cañonera ThunderHawk pasó por encima de ellos, rugiendo como una bestia salvaje. Los dorados símbolos imperiales destacaban sobre su blindaje carmesí. El símbolo de dos alas escoltando una gota de sangre en negro aparecía por todas partes.

–¿Qué está pasando? –Dijo Gabriel. Se había levantado y se apoyaba en su pierna sana. Sus ojos estaban abiertos como platos.

El tableteo de armas pesadas apareció de improviso. Desde un punto de algún edificio, fuera de la visión de los sargentos, surgieron decenas de balas trazadoras que iluminaban el cielo y golpeaban con precisión sobre la nave. Agujereando las planchas blindadas con furia. Haciéndola caer envuelta en humo negro y llamas sobre la ciudad muerta.

Y el suelo tembló.

Siete grandiosas columnas de luz rasgaron el cielo inclemente. Los poderosos cañones láser retráctiles de defensa orbital fijados en el interior de la estructura de diez edificios estratégicamente colocados en el diámetro de la ciudad.

El orgullo de Sartos IV. El *Decatium Defendum*.

Descargando su incalculable poder como el puño de un dios furioso.

Despedazando las nubes y llevando la muerte a los Ángeles Sangrientos.

Confundiendo la razón de los componentes de la caravana. Aumentando su incompreensión.

Ahogando el delator sonido de las tropas que se disponían a asaltarlos.

*La Muerte vigila.
Envuelta en paciencia.
Las piezas ya encajan.
Agita su capa negra.
Da un paso.
Muestra su sonrisa eterna.
La carnicería ha comenzado.
Comienza la cosecha.*